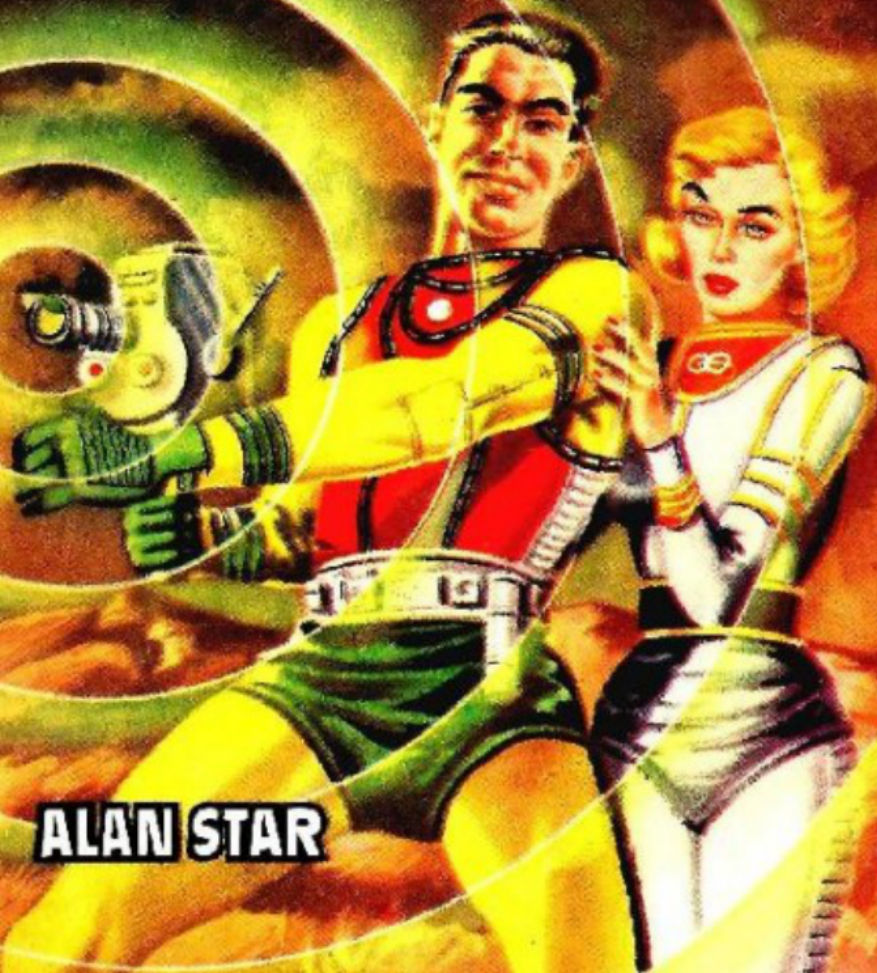


S.I.P.

**SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

ARMA SECRETA



ALAN STAR

ARMA SECRETA



ARMA SECRETA

por

ALAN STAR



EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Orne, 51-63

B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. - 1959

Depósito legal: B. 11434 - 1960

Número de Registro: 6.187 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

ARMA SECRETA



CAPÍTULO PRIMERO



Al pedir el segundo «whisky», Fred Hallowell experimentó una sensación dolorosa al recordar las palabras del profesor Patchen,

«Lamento mucho, amigo mío, haberme visto obligado a tomar esta determinación con usted, pero ya comprenderé que un alcohólico

no puede trabajar en este Centro. Ya le he dado demasiadas oportunidades para corregirse; pero desdichada-mente, me he convencido de que todo ha sido inútil...»

Una amarga sonrisa se esbozó en los labios de Fred.

¿Qué le importaba aquello después de todo?

Sí, era verdad que tenía veinticinco años y que, de no haberse inclinado por el «whisky», hubiera conseguido convertirse en alguien, en una persona importante, casi como el mismo Ben Patchen; pero, en realidad, se daba cuenta de que no había nacido para aquello y que era completamente incapaz de estar toda su vida en los laboratorios, estudiando proyectos de cosas que, en el fondo, no le importaban gran cosa.

Acabó de beber el contenido del vaso y pidió otro.

Pensaba también en lo que diría Anna, su hermana, siempre dispuesta a comprenderle, pero que había hecho, por su parte, todo lo posible para alejarle de la botella.

¿Por qué una muchacha como Anna no se casaba y le dejaba en paz?

Ella no dependía de lo que él ganaba, ya que poseía una profesión excelente y trabajaba en el Comité General de Turismo como intérprete de primera. Pero vivían juntos y ella no dejaba de cuidarle como si quisiese hacerle olvidar que eran huérfanos y ella hubiese ocupado el lugar que había dejado vacío la madre.

Al pensar en su madre, Fred recordó con cierta amargura que había heredado su carácter débil y que toda la voluntad del padre, todo su arrojo ante la vida y la serenidad de su conducta había ido a parar a Anna. Para él, no obstante, había ido la inteligencia del padre y su afición desmedida por las matemáticas. De no haber sido por el accidente de aviación que había costado la vida de los dos esposos, cuando él iba a dar una conferencia en Europa, su fama de físico hubiese sido mucho mayor que la del mismo profesor Patchen.

Pagó los «whiskies» con idea de ir a beber a otra parte, comprobando al mismo tiempo que le quedaba poquísimos dinero. De no haber pedido tantos anticipos en el Centro, ahora, al ser despedido, se hubiera llevado una cantidad respetable, lo que le hubiese permitido vivir su vida sin tener que hacer lo que más temía: regresar a su casa y tener que decir a Anna que le habían echado.

Fred no notó que un hombre, que había entrado en el bar detrás de él y que antes le había seguido desde que salió del Centro, salía ahora, pegándose a sus talones.

Dos calles más abajo, el joven penetró en otro bar y volvió a pedir «whisky». Poco a poco, el alcohol iba disolviendo los últimos escrúpulos y haciéndole ver las cosas desde un punto de vista

tranquilo, sin que la conciencia clamase contra su manera de ser.

Aquel estado era lo que más le agradaba: una especie de euforia que no se paraba en mientes, procurándole una sensación de seguridad que no hubiese conseguido de otra manera.

Los vasos se fueron sucediendo, pero Fred no cayó, como podía esperarse, en un estado de embriaguez excesivo. Estaba tan acostumbrado a beber que el alcohol no podía descentrarle por completo, produciéndole tan sólo aquella especie de delicioso nirvana en el que gozaba plenamente de sus facultades.

Sentado en una mesa, al fondo del local, el hombre que le había seguido le observaba atentamente.

Era alto, delgado, con un tono de piel macilento y como enfermizo. Sus ojos eran negros y penetrantes y su nariz afilada y de paredes casi transparentes. Tenía los cabellos negros e iba vestido con un traje gris serio, como el de cualquier empleado de tipo medio, sin las estridencias que podía permitir el calor de aquel verano en Washington.

Habla pedido un vaso de leche, con esa naturalidad de un hombre que ha superado la fase en que se avergüenza de no beber, como todo el mundo, bebidas alcohólicas. No fumaba, pero sacó una boquilla gastada y se entretuvo en mordisquearla sin despegar los ojos de Fred.

Éste debía de haber olvidado el estado de su pecunio porque seguía pidiendo «whisky» y bebiéndolo a un ritmo aterrador. De vez en cuando, el hombre fruncía el entrecejo y ponía una cara de disgusto, como si no llegase a comprender que alguien pudiese beber de aquella alocada manera sin caer redondo, como un trompo.

Cuando el «barman» consideró, con un ojo crítico, que aquel extravagante cliente había bebido lo suficiente, movió la cabeza, de un lado para otro, negándose a volver a servirle.

Dijo:

—¡Se acabó, amigo! No quiero que, por su culpa, me cierren el local.

—¿Cómo? ¿No vas a darme más de beber?

—No. Pague lo que debe y lárguese.

Fred hizo un gesto con la mano.

—¡Qué asco! ¿Y éstas son las libertades americanas? ¡Se las pueden guardar! Mucho trabajar para el gobierno, con sus malditos asuntos ultrasecretos... y ni le dan a uno de beber.

—Son once dólares —dijo el «barman», sin hacer caso de la palabrería del otro.

—¿Once dólares? —protestó el joven—. ¿Es que has puesto un gramo de uranio en tu asquerosa bebida?

El «barman» suspiró, conteniéndose a duras penas.

—Escuche... págume los once pavos y lárguese. ¿O es que quiere que llame a un policía y le haga pasar la noche en el calabozo?

—¡Voy a pagarte! ¡No grites tanto!

Rebuscó en sus bolsillos y sacó algunos billetes de a dólar; todavía no se había dado cuenta de que en el bar anterior había comprobado que ya no le quedaba apenas dinero.

Su rostro adquirió una expresión rara cuando levantó la cabeza y dijo:

—No tengo bastante,

Era, justamente, lo que esperaba el «barman».

—¡Debía habérmelo imaginado! Tanto gritar y resulta que luego no puede pagarme... siempre ocurre igual; son los tipos más protestones y los que exigen más los que después no pueden pagar — estaba rojo de cólera—. ¡Pero ya estoy cansado de tipos como usted! Y esta vez, aunque no sea más que para demostrarle que no hay nadie que se ría gratuitamente de mí, voy a hacer que la policía le pague el hospedaje esta noche...

El hombre se adelantó entonces, abandonando la mesa y acercándose a la barra.

—No se ponga así, amigo: aquí tiene los once dólares que le debe este señor y los tres de la consumición que he hecho yo. ¿Damos por zanjado el asunto?

El «barman» cogió el dinero, contento de no perder nada; pero, no obstante y para demostrar que seguía considerándose ofendido, comentó:

—Éstos borrachines insolventes tienen siempre suerte,.. ¡Está bien! Pero haga el favor de llevárselo de aquí... ¡Ni pagando le daría una gota más de «whisky»!

El hombre cogió familiarmente el brazo de Fred y lo condujo hacia la salida.

—¿Dónde vamos? —inquirió éste.

—No se preocupe, amigo. A un sitio donde podamos beber sin que nadie nos moleste.

Hallowell sonrió.

—¡Ésa es la mejor proposición que me han dicho en la vida!

El desconocido llamó un taxi. Dio una dirección cuando el joven y él estuvieron acomodados en su interior. El vehículo atravesó el centro de la ciudad y después de dejar la avenida de la Independencia, tomó un paseo, entre el bosque, atravesando después el Potomac para detenerse, finalmente, ante un hotelito no lejos de la otra orilla del río.

Una vez en el interior de la casa, Fred echó una ojeada al «hall», lujosamente amueblado y, sobre todo, al bar que había en el fondo. El otro se apresuró a servir un vaso de «whisky», pulsando después un botón que había no lejos del bar.

—Siéntese y beba —dijo al físico.

—Es usted un tipo verdaderamente «chic» —dijo Fred, llevándose el vaso a los labios.

Momentos después, un hombre de estructura maciza, anchas espaldas, correctamente vestido y con lentes montadas al aire, aparecía en lo alto de la escalera, echando una mirada a los dos hombres que habla en el «hall». El que había llevado a Fred miró a su vez al que descendía ahora silenciosamente, sobre la gruesa alfombra que cubría los escalones, guiñándole un ojo.

El otro hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y siguió bajando hasta llegar junto al sillón donde Fred, con la mirada lejana, estaba sentado, con el vaso casi vacío en la mano.

—Voy a presentarle al señor Todd —dijo el hombre, señalando al que acababa de llegar.

Hallowell extendió una mano que el otro estrechó, sentándose después en un sillón vecino.

—Creo que conozco su cara —dijo David Todd—. ¿No es usted el profesor Hallowell?

—Sí, en efecto: ése soy yo.

Y sonriendo beatíficamente, agregó:

—Es decir, era... desde el punto de vista oficial: hoy me han despedido.

—¿Le han despedido?

Fred levantó el vaso.

—Esto ha tenido la culpa, pero no vaya a creer que lo siento. Estaba más que harto de soportar al viejo.

—¿Se refiere al profesor Patchen?

—Al mismo. ¿También le conoce usted?

Todd sonrió.

—Un poco. Nos vemos de vez en cuando... nos conocimos hace mucho tiempo.

—Es un tipo raro que no comprende que uno tenga que ahogar sus penas en el alcohol.

Hubo una pausa; después pregunto;

—¿Así que ya no volverá usted nunca más al WCSS?

—¿NI ganas!

Todd miró al otro y dijo:

—Patchen me dijo que estaban terminando de examinar algo muy interesante; algo verdaderamente sensacional.

—Sí... —Fred miró su vaso vacío.

—¿De qué se trata? —inquirió Todd.

Los ojos turbios de Hallowell se clavaron en los de su interlocutor; durante unos segundos, pareció que una luz intensa brillaba en ellos.

Luego sonrió moviendo la cabeza.

—Lo lamento —se excusó—, pero no puedo decirlo. Ya comprenderá usted que todo lo que se hace en el Center es alto secreto.

—Comprendo —la voz de David era suave; pero, no obstante, estaba cargada de inflexiones ásperas—. De todos modos, amigo mío, tendremos que hablar de ese proyecto, Y muy detalladamente.

—¿Eh?

—No, no se alarme. Venga a ver una cosa y comprenderá que tengo razón al pedirle ciertos datos. ¿Me hace el favor?

Se habla levantado y Fred después de dejar el vaso vacío sobre la mesa que tenía al lado, le siguió no de muy buen gana.

Al fondo del vestíbulo había una pequeña puerta, que Todd abrió, descubriendo una escalera en caracol que descendía hacia el sótano de la casa. Hallowell bajó tras él, siendo a su vez seguido por el otro. La escalera terminaba en un pasillo con una serie, de puertas a ambos lados.

Todd abrió la primera

—Vea usted, amigo —dijo haciéndose a un lado.

Fred se asomó, con curiosidad, pero el otro le dio un violento empujón, lanzándolo al interior. Fred tropezó, y cayó a tierra, levantándose con dificultad.

—¿Qué demonios significa esto? —preguntó, mirando a David, que estaba en el umbral de la puerta, con una sonrisa en los labios.

—Muy sencillo, profesor. Acaba usted de convertirse en nuestro huésped. No tema, le cuidaremos a cuerpo de rey. Emil Kalb, aquí presente, es un buen cocinero y tiene ideas curiosas sobre la dietética de nuestros invitados. Mientras, por favor, haga el esfuerzo necesario para comprender que va a pasarlo mal si no se explica.

Y cerró la puerta.

Fred se sentó en el lecho que había en un lado de la habitación, echando una ojeada en derredor suyo. Aquello era una celda o al menos podía cumplir completamente un cometido semejante. Sin ninguna abertura al exterior, sólo ofrecía unos minúsculos orificios en el techo por donde debía llegar el aire, suministrado por un aparato de acondicionamiento, cuyo motor se oía con discreción.

Hallowell, a pesar de las brumas que reptaban por su cerebro, comprendió que había caído en manos de alguien interesado en conocer los trabajos del Center. Por un momento, creyó que se trataba de agentes de alguna potencia extranjera; pero, si lo eran, el inglés que hablaban era de una corrección verdaderamente sorprendente.

Le dolía la cabeza de pensar y tenía sed: un trago le hubiese hecho muchísimo bien en aquellos momentos.

Por último, cansado, se dejó caer en el camastro, quedándose profundamente dormido.

* * *

Todd encendió un cigarrillo; luego, mirando a Emil comentó:

—Hemos tenido suerte con ese tipo, Kalb.

—Desde luego.

—La idea de vigilarle ha sido magnífica. Sabíamos que Hallowell sería despedido de un momento a otro y que nadie se extrañaría de su desaparición. ¿Quién puede alarmarse de que un alcohólico como él desaparezca?

—Olvidas a su hermana.

—No, no la he olvidado. Sé que alarmará a la policía, pero no logrará nada más. Nadie te ha visto con él, ¿verdad?

Emil se mordió los labios.

—El «barman» del local de donde lo saqué.

—¿Dónde está ese bar?

—Junto a Road Park.

—Habrá que encargarse de él. No quiero cometer ningún error en este asunto.

—Creo que es lo mejor.

—Respecto a Fred Hallowell, el caso está en tus manos. Confío en tu habilidad. Le prepararás lo que dijimos, ¿verdad?

—Marilyn debe estar haciéndolo ya.

—Bien, servídle la comida, abundante, tanto como quiera. Ya veremos lo que pasa después.

—Tendremos que esperar a que tenga hambre.

—«No importa esperar. Dentro de unas horas, ese tipo no estará en estado de resistir más. Y hablará.

—¿Piensa que será capaz de decirnos cómo fabricar lo que hacen en el Center?

—¡No seas estúpido! Fred, ni siquiera el profesor Patchen, serían capaces de hacer una cosa que han recibido del equipo de sabios que trabaja para el Pentágono. No, nos interesa otra cosa...

—¿De qué se trata?

—Ya lo sabrás. Vamos a ver si Marilyn ha terminado de preparar la comida para nuestro invitado.

Emil lanzó una carcajada.

—Va a ser una sorpresa para esa esponja viviente. Nos suplicará de rodillas dentro de poco.

—«Con eso cuento.

Y salieron.

CAPÍTULO II



L anochecer, Fred hizo su primera comida. Tenía apetito y le pareció que las albóndigas que Emil le presentó ofrecían un aspecto formidable. También le dejaron una botella de agua.

La falta de un vaso de «whisky» le hizo fruncir el entrecejo, pero pensando que seguramente los raptos deseaban aprovecharse de su debilidad por el alcohol, hizo de tripas corazón, dispuesto a resistir todo lo que fuese y a saciar su sed con el agua que le habían dado.

Pero pronto se convenció de su error.

Quién había preparado la comida había sabido disimular perfectamente lo que las aparentemente inocentes albóndigas ocultaban. Poco después, Fred sintió que algo le ardía en el estómago y que aquella sensación de fuego se apoderaba de su lengua, de su boca, de sus labios, como si hubiese bebido un ácido.

Comprendió.

Debían haber cargado las albóndigas de especias, simulando o escondiendo su sabor con alguna otra sustancia.

La sensación de ardor creció tan rápidamente que diez minutos más tarde era incapaz de resistirla.

Emil, que le había servido la comida, le indicó, al mismo tiempo, el botón de un timbre que había en la puerta, para que se sirviese de él cuando quisiera algo.

Lo oprimió, con toda su fuerza.

Momentos después, la puerta se abrió y Kalb. con otro hombre, aparecieron en el umbral.

—¿Desea algo, señor Hallowell?

Había un tono de burla en la voz de Emil y Fred tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzarse contra él. Pero la presencia del otro le hizo ser prudente.

—¡Quiero beber! ¿Qué diablos han puesto en la comida?

—Nada, que yo sepa —mintió el otro.

—¡Traedme agua!

—Lo lamento, señor Hallowell. No podemos dar más que una

botella por comida.

—Os creéis muy listos, ¿verdad?

—No podemos darle agua. Ya se lo he dicho.

La boca le ardía.

—¡Quiero hablar con el otro!

—¿Con el señor Todd?

—Sí.

—Haga el favor de venir.

Salió, encuadrado por los otros dos y subieron nuevamente la escalera. Al desembocar en el «hall», vio a David sentado cómodamente en un sillón, con una botella de «whisky» sobre la mesa y un vaso a medio llenar. Había también botellas de cerveza con un vaho delicioso, recién salidas del frigorífico.

Todd sonrió.

—¡Pero si es mi amigo Hallowell! ¡Siéntese, por favor!

Pero Fred se quedó en pie.

—¿Qué es lo que quiere de mí, Todd?

—¿Para qué esas prisas? ¿No quiere un trago?

Y tendió una botella de cerveza que el otro cogió ávidamente, bebiéndola con furia. Pero, como esperaba, la sensación de frescor no duró más que unos segundos, volviendo el ardor con más intensidad.

— ¡Quiero más!

—Un momento, amigo. De nada le servirá beber. Un trocito de hielo, en un vaso de whisky, le quitará la quemazón mucho mejor que la cerveza. Siéntese, por favor.

Fred obedeció.

—Antes —siguió diciendo David— me ha preguntado qué era lo que deseaba de usted. No es mucho..., si consideramos ciertas cosas.

—¿De qué se trata?

—Primero. ¿Qué estaban ustedes estudiando cuando le despidieron?

Hallowell bajó la cabeza.

Estaba vencido.

—Una nueva arma secreta.

—¿Cuál?

—El «televibrator»

—¿Qué es eso?

—Un aparato capaz -de lanzar unas vibraciones, a distancia: esas vibraciones están destinadas a paralizar a los seres humanos durante el tiempo que caen sobre ellos.

—¿Qué efecto producen?

—Una pérdida de conciencia inmediata. En el momento en que las vibraciones invaden un centro determinado, todos los que se encuentren dentro del radio de acción se quedan sin conocimiento.

—¿Lo recuperan después?

—Sí, pero no recuerdan nada de lo ocurrido.

Todd sonrió.

— ¡Es un arma verdaderamente maravillosa!

—El Pentágono la ha calificado como una de las mejores que poseen.

—¿Se han hecho pruebas?

—Muchísimas, pero ya se están terminando los ensayos y pronto será enviada al «Fedasa».

—¿Qué es eso?

—«Fedasa» es una deformación de unas iniciales que explican la significación de la singladura FSA; es decir: «Federal Stock of Arms», el depósito federal para armas secretas.

—Comprendido.

Y sonriendo de nuevo, Todd le entregó otra botella de cerveza.

—Tome, se lo ha merecido.

Fred se la bebió sin respirar.

—Escuche, Hallowell —dijo David con voz severa—, voy a poner las cartas sobre la mesa. Esa arma nos interesa.

—¿Se ha vuelto usted loco?

—De ninguna manera. Yo tengo que saber cómo la llevarán a ese Depósito Federal. ¿Cómo lo hacen, amigo?

—En un camión blindado.

—¿Muy protegido?

—No hace falta. Nadie podría imaginarse el truco que utilizan.

—¿Usted... lo sabe?

—Sí.

—¡Estupendo!

—¿Cómo? ¿Cree que voy a decírselo?

—De eso no hay ninguna duda. Yo voy a ofrecerle una vida tranquila, todo el dinero que quiera y todo el licor que pueda beber.

—No lo haré. Aunque me maten de sed.

—¡No sea niño! Tenemos otros medios para hacer que obedezca, pero me molestaría emplearlos.

—¿Tortura? No me da miedo.

—¿Y si le ocurriese algo a su hermana?

Los ojos de Fred centellearon.

—¡No se atreverá!

—Ya le he dicho que no deseo emplear los medios violentos; usted tiene la palabra.

—¿Pero no se da cuenta de que no podrá apoderarse del arma? ¡Sería un escándalo horrible!

—No se preocupe por eso. Yo deseo saber lo que hacen con el camión y cuál es el motivo de que no lo protejan con fuerzas armadas.

—Eso es muy sencillo. El camión está pintado de blanco, con un letrero que dice que es un frigorífico de una firma conocidísima.

—¡Son muy listos!

—Pero el vehículo está fuertemente blindado y los hombres que lo conducen van armados hasta los dientes.

—¿Cuántos hombres van?

—Dos: el conductor y su ayudante. No hay que olvidar que el vehículo es una especie de caja de caudales, herméticamente cerrada y completamente aislada de la cabina.

—Entiendo. Pero eso no es una dificultad. Tobin es un verdadero especialista en voladuras parciales.

—¿Quién es?

—Ya lo conocerá. Así que hasta ahora sabemos que el vehículo va camuflado y que lleva dos hombres armados. ¿Qué camino sigue?

—El normal, pero hace el viaje por la noche.

—¿Carretera Cincuenta y Nueve?

Freo frunció el entrecejo.

—¿Cómo lo sabe?

—Hace mucho tiempo —repuso Todd con una sonrisa que estamos estudiando el asunto. Naturalmente, no sabíamos que el camión frigorífico era el que llevaba las cosas al Depósito Federal.

—Una vez en el depósito, nada se puede hacer.

—También lo sabemos. Aquello es una fortaleza inexpugnable que ni un ejército podría conquistar. Esto quiere decir que hay que apoderarse del camión en el camino.

—No lo lograrán.

—Eso está por ver —volvió a sonreír—. Bueno, se ha portado usted maravillo-samente bien. Se le levantará el castigo y podrá beber todo lo que desee.

—¿Van a dejarme marchar?

—No Una vez tengamos el «televibrator» en nuestro poder, tendrá usted que enseñarnos a manejarlo.

—¿Y después?

—Luego estará completamente libre de hacer lo que quiera: quedarse con nosotros o irse.

Fred no dejó que sus dudas le ganasen. Por otra parte, Emil le estaba dando de beber y el hielo, flotando sobre el whisky; le hizo un efecto maravilloso.

Lo demás... ¿qué importaba?

* * *

Todd empujó la puerta del segundo piso y Leo se volvió, separando su mirada del aparato que estaba estudiando.

—¿Cómo va eso, Barker?

—Ya está casi preparado —repuso el ingeniero.

—¿Has estudiado el camino que seguirá el camión?

—Con todo detalle.

Se acercó a un plano que había sobre la pared.

—Debe de ser en este punto —dijo, señalando una curva, bordeada de bosques.

—Hallowell ha dicho que el camión llevará una media de ochenta millas.

—Ya lo sé. En esta curva, que es muy amplia, el conductor apenas si dejará de acelerar. Ése será el momento mejor para actuar.

—Aún no me has explicado tu plan.

El otro sonrió.

—Es muy sencillo —repuso—. Nuestro coche estará estacionado en la curva y, además de los focos normales, que no utilizaremos, llevará tres reflectores «flashes», cuya potencia estará centuplicada por un procedimiento electrónico que he puesto a punto. Al estallar los «flashes», el conductor se quedará completamente ciego, estrellándose en la parte izquierda, ya que sus reflejos le empujarán fatalmente a separarse de la derecha de la curva.

—Comprendo.

—En cuanto el camión se haya estrellado, nuestros muchachos entrarán en acción, y Tobin podrá trabajar con el soplete de hidrógeno que le he preparado. Tres minutos serán bastantes para que se abra paso a través del blindaje del camión y consiga el aparato.

—Perfecto. Mientras tanto, dos de los muchachos, con motos de la policía, detendrán los vehículos, tanto en una como en otra dirección, durante diez minutos, simulando buscar a alguien que ha cometido un delito. Así la carretera estará limpia de curiosos durante ese tiempo.

—Una vez el aparato esté en nuestro coche, lo demás no tendrá importancia ninguna. Al pasar ante el control de nuestros muchachos,

éstos llamarán al opuesto y la circulación se reanudará normalmente en los dos sentidos. La policía tardará más de dos horas en localizar el suceso.

—Creo que los del depósito se alarmarán antes, ya que el camión debe tardar normalmente veintitrés minutos en recorrer el camino.

—No nos importa. Tendremos tiempo suficiente para haber desaparecido.

—Desde luego.

Hubo una pausa; después Todd, mirando fijamente al otro, preguntó:

—¿Has empezado a estudiar lo que podremos hacer con el «televibrator», Barker?

—No te preocupes. Ayer estuve pensando un poco en ello, pero me faltan algunos detalles técnicos sobre la zona que puede estar sometida y las características de las vibraciones que produce el aparato. Ya verás cómo podremos hacer algo importante. Hemos tenido la suerte de cazar un arma que no es destructiva: eso nos ahorrará muchos disgustos.

—Llevo empleados más de un millón de dólares en tus experimentos, Barker. Ya es hora de que saque algunos beneficios.

—Los tendrás. Déjame ahora trabajar un poco. No olvides que, según Fred, mañana por la noche saldrá el camión hacia el Depósito Federal.

David abandonó el laboratorio.

* * *

—¿Un cigarrillo, Mike?

El conductor negó con la cabeza.

—No tengo ganas de fumar —dijo después—. Cuando hayamos terminado el traslado, fumaremos y echaremos un trago,

—¿Es que te preocupa algo?

—No, pero no puedo evitar el sentir una cierta dosis, de responsabilidad cada vez que voy al depósito.

—¡No seas pesimista! Hemos hecho quince viajes y jamás nos ha ocurrido nada.

—No. pienso en eso, Luke.

—¿Entonces?

—Pienso en lo que va ahí detrás. ¿Qué demonios será?

—¿Y qué puede importarnos? Lo interesante es que nos darán quinientos «pavos» a cada uno y que este trabajo es el más productivo y cómodo qué hacemos.

—Deja el dinero aparte.

—¿No piensas tú en él?

—No. Me preocupa este almacenamiento de armas secretas. Todo esto me huele mal. ¿Te imaginas que los otros, los rusos, por ejemplo, no estarán haciendo lo mismo?

—No me importa lo que hagan.

—A mí sí. Tengo mujer y dos hijas. Y quiero que mis pequeñas no conozcan los horrores de la guerra.

—No temas. Hay demasiado miedo para declarar una guerra... Se temen todos, los unos y los otros. Llevamos más de medio siglo sin un conflicto serio.

—Eso no quiere decir nada.

Y después de una pausa exclamó:

—¡Cuánto me gustaría saber lo que llevamos ahí atrás!

—¡Qué curioso eres, amigo mío! ¿Qué puede importarte que se trate de una nueva bomba o de un arma bacteriológica?

—No hables de eso: se me ponen los pelos de punta.

Luke lanzó una carcajada.

—Eres formidable. Yo no pienso en tantas tonterías. Prefiero calcular lo que haré con los quinientos dólares.

—¿Y si un día nos ocurriese algo?

—¿Qué quieres decir?

—Que alguien se enterase de lo que es, en realidad, este falso camión frigorífico y nos asaltasen.

—¿Estás chiflado? Nadie sospecha nada y todos los viajes que hemos hecho han resultado estupendos. La gente ve pasar este camión blanco y se imagina que dentro va carne, botellas o cualquier otra cosa. Nunca pueden sospechar la verdad.

—Puede haber agentes enemigos.

—¿Y crees que la SIP no lo sabría? Esa gente se mueve, en la sombra, y conocen todo lo que pasa. Si sospechasen la menor cosa, no nos dejarían llevar las armas secretas de este modo.

—Pero tú y yo lo sabemos.

—¿Y qué? Hemos demostrado nuestra lealtad de mil maneras. Y además, por si fuese poco, nos hacen un electroencefalograma cada vez que vamos a salir: total, que nos analizan a fondo y saben, mejor que nosotros mismos, si pensamos algo malo.

—Tienes razón.

—No seas tonto. Los del Center saben muy bien lo que se hacen y no confiarían en nosotros así como así.

Un nuevo silencio se estableció entre ellos.

Mike miró el reloj de a bordo.

—Dentro de diecisiete minutos habremos llegado.

—Ya lo sé.

—En cuanto hayamos pasado la curva del bosque, todo será recto y podré acelerar al máximo.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que le tienes miedo a esa curva?

—¿Quién ha dicho eso? Siempre la cojo a ochenta millas,

—¡Naturalmente! Es abierta y más parece una recta que una curva. Creí que ibas envejeciendo, amigo.

El otro se sonrojó.

—No sé cómo lo haces, pero siempre consigues ponerme de mal humor... ¡Ahora verás si tengo miedo! Voy a coger ese demonio de curva a noventa.

—¡No hagas tonterías!

Mike dejó escapar una risita burlona.

—¿Cómo? ¿Ahora resulta que el valiente va a echarse a temblar?

—No digas estupideces.

—¿De verdad que no tienes miedo?

—¡Vete a paseo!

—Vamos a verlo. Fíjate en la aguja.

Había pasado los noventa y se acercaba a los ciento.

—¡Como si quieres tomarla a mil por hora!

La curva apareció y Mike se afianzó al volante. No había peligro alguno en lo que iba a hacer y ambos amigos lo sabían.

Pero cuando había empezado a ceñirse al límite derecho, un fogonazo espantoso le cegó; fue como si un relámpago hubiese estallado delante del motor del coche.

No había tiempo para nada, ni para cortar los reactores ni para hacer funcionar los frenos.

Y Mike, completamente cegado, giró el volante hacia la izquierda, aterrorizado, sin saber qué hacer.

El choque fue espantoso.

CAPÍTULO III



DONALD CALLOWAN, el jefe de la SIP. Vuelto de espaldas a su visitante, que le había comunicado lo ocurrido, contemplaba desde la ventana de su despacho la lejana geometría curiosa del Pentágono.

Su entrecejo estaba profundamente fruncido, y en su rostro se reflejaba una grave expresión.

Durante unos minutos, que parecieron al otro tremendamente largos, Donald permaneció inmóvil, abstraído, como si la vista de la ciudad que contemplaba desde allí hubiese acaparado toda, su atención.

Pero, volviéndose de pronto, comentó;

—Es un asunto feo, señor Patchen.

El profesor asintió; su rostro expresaba una depresión sincera.

—No puede usted imaginarse hasta qué punto temo tener que comunicarlo al Pentágono... ¡Es un bochorno horrible!

—Comprendo sus temores, profesor; pero lo más importante es el hecho en sí.

—¿Cree que se tratará de un acto de sabotaje por parte de un grupo de agentes extranjeros?

Callowan sonrió.

—No, profesor. Hace ya mucho tiempo que el espionaje ha sido contundentemente contrarrestado por el contraespionaje. Y eso ha ocurrido en todas partes, incluso en nuestro país. El avance de la técnica hace que un arma secreta no debe seguir siéndolo más que para la seguridad interior de cada país.

—Tiene usted razón.

—Lo que debe interesarnos es cómo ha sido posible que alguien conociese el traslado de esa arma secreta al Depósito Federal. ¿No puede tratarse de una indiscreción por parte de los conductores del vehículo?

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque ambos eran sometidos, sin saberlo, naturalmente, a un tratamiento psicológico cada vez que salían a conducir el camión. Se les decía que se les iba a hacer un electroencefalograma; pero, en realidad, se les daba una sección de «inhibopropulsor», un aparato secreto que hace que sea imposible la menor desviación mental en el cumplimiento del deber. No, señor Callowan, por ese lado todo es seguro. Los dos hombres eran leales, por decirlo así, a la fuerza.

—Comprendo. Entonces, por lo que acabamos de hablar, no hay más que un culpable seguro: su ayudante Hallowell.

Ben asintió con un ademán de cabeza.

—En cuanto conocí el robo, me puse en comunicación con la casa de Fred y su hermana me dijo que no había aparecido y que creía que estaba trabajando en el Centro.

—Bolo él ha podido dar informaciones sobre ese asunto.

—Sí, pero, le aseguro que nunca sospeché que su afición por el alcohol le llevase hasta traicionar a su país.

Hubo una corta pausa.

Luego Donald dijo:

—Las características del arma robada es lo que más me hace pensar. Justamente, como si tuviesen idea de lo que necesitaban, se han apoderado de algo que, después de todo, no es excesivamente peligroso.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que el «televibrator» no es, como otras armas del depósito, algo que pueda, en manos de un demente o de un criminal, exponer la humanidad a un peligro horrible.

—Perdone que no esté de acuerdo con usted, señor Callowan. Precisamente, el «televibrator», no siendo esencialmente violento, es una de las conquistas más positivas de la ciencia bélica. ¿No se da usted cuenta de que con ese aparato puede someterse una fuerza armada, inutilizando todos los medios destructivos que ésta pueda poseer?

—Sí, todo eso es verdad; pero sigo creyendo que los que se han apoderado del «televibrator» no piensan utilizarlo como medio bélico.

—¿Entonces?

—No puedo saber el motivo que les ha impulsado a apoderarse de ese aparato; pero, de todas maneras, desdichadamente, no tardaremos en saberlo.

La angustia se reflejó en el rostro de Patchen.

—¿Es que no cree usted que logrará apoderarse del aparato antes de que sea utilizado?

—Bien quisiera, pero eso es casi imposible, profesor.

—Yo creía que...

—Sí, ya comprendo: usted creía que le bastaba con dirigirse a la SIP para que el «televibrator» volviese a la seguridad del depósito, de donde nadie podría volver a robarlo. Somos humanos, profesor, seres limitados, desdichadamente mucho, aunque poseamos medios modernos y eficaces para luchar contra el delito.

»Sin embargo, desde que el mundo es mundo, no se ha descubierto el medio directo de poder descubrir el producto de un robo, a menos que los ladrones dejen huellas de su paso. En nuestro caso, nada ha quedado patente en el lugar del suceso. El camión, por algo que desconocemos, se estrelló contra los árboles, a una velocidad que los técnicos calculan cerca de las cien millas por hora, resultando muertos instantáneamente sus dos ocupantes.

»Después los ladrones perforaron la plancha con un soplete de nuevo modelo, utilizando el hidrógeno líquido, según dicen los físicos, y se llevaron el aparato.

Hizo una pausa.

—Si consideramos el procedimiento usado por los asaltantes como una especie de firma, podemos decir que los que planearon el golpe son técnicos, ingenieros u hombres de ciencia. Desdichadamente, los delincuentes de esta época están poseídos de una cultura muy superior a la de sus semejantes de otros tiempos. Y los delitos cometidos son, por lo tanto, mucho más complejos que los de hace medio centenar de años.

»¿Cómo cree usted, mi querido profesor, que podríamos descubrirlos? Sin saber dónde está Hallowell, el único que podría orientarnos y sin ninguna huella particular, no tenemos nada que hacer. Puede usted imaginarse, por ejemplo, que el aparato haya sido robado por un pacifista fanático que, una vez en posesión del objeto, lo haya destruido...

—¡No diga eso, por favor!

Donald esbozó una sonrisa.

Comprendía perfectamente la postura del profesor, que debía de estar entusiasmado con el «televibrator»; pero le hubiese gustado decirle si preferiría que un criminal emplease aquel invento para hacer daño.

«...y eso es, seguramente, lo que ocurrirá», se dijo.

Luego murmuró en voz alta:

—Lo que quiero decir, profesor, es que no podemos, por el momento, fuera de un trabajo rutinario de investigación policíaca, hacer nada más. Los ladrones pueden haber huido fuera del Estado, fuera del país e, incluso, fuera de la Tierra: Marte y Venus, con sus

colonias heteróclitas, podrían prestarles un cobijo excelente.

»Por eso hemos de esperar a que se manifiesten. Y lo que puedo asegurarle es que, una vez sepamos lo que se proponen hacer con el aparato, nos pondremos en marcha para recuperarlo. Aunque también deseo que sepa que puede que no sea excesivamente fácil.

—Ya lo comprendo.

—Todos mis agentes disponibles están en estado de alerta, dispuestos a lanzarse a la lucha en cuanto llegue el momento.

Entendiendo que aquellas palabras equivalían a una cortés despedida, el profesor se puso en pie.

—Le ruego, señor Callowan, que en lo posible me tenga informado de lo que vaya sabiendo.

—Así lo haré.

Al quedarse solo, Callowan se dejó caer en el asiento giratorio que había detrás del despacho. Estaba hondamente preocupado y se daba cuenta de que, como otras tantas veces, debería esperar, mordiéndose las uñas, a que los hombres que habían robado el «televibrator» se dignasen emplearlo para los proyectos que hubiesen pensado.

Aquella era la dificultad máxima de los que estaban al lado de la ley: siempre, excepto en rarísimas excepciones, los delincuentes tenían la ventaja de poder golpear dónde y cuándo quisieran...

* * *

Al salir del edificio de la SIP —Central de Washington—, los dos jóvenes se detuvieron, antes de descender la escalinata que conducía al aparcadero donde habían dejado sus coches.

Uno de ellos, moreno y muy curtido por el sol, puso la mano sobre el hombro de su compañero, casi tan alto como él, pero de cabellos rubios.

—Hay que trabajar, Willis: tú por un lado y yo por el otro.

Willis King torció el gesto.

—¡Siempre tienes la misma suerte, Sam! A mí me ordena el jefe que investigue el posible itinerario seguido por Fred Hallowell y a ti, sin embargo, te envía a dialogar con su hermana.

—¿Y si es vieja y fea?

—Me extrañaría...

Sam Moore lanzó una carcajada.

—No te preocupes, amigo. Ya sabes que soy muy serio en cuanto al cumplimiento del deber. Te tendré presente, mientras charlo con ella, pensando en que en aquel mismo momento estarás trabajando con ardor por el servicio.

—¡Vete a freír monas con tu ironía!

Descendieron por la amplia escalinata y momentos más tarde conducía cada uno su coche, separándose en la misma calle para tomar direcciones distintas.

Sam encendió un cigarrillo.

Ahora que la presencia de su amigo no torcía el curso de sus ideas, pensó en el caso que Callowan acababa de explicarles, preguntándose para qué diablos se habían apoderado de un arma secreta, asunto que iba a traer mucho jaleo y que, por otra parte, estaba condenado con la muerte en la cámara electrónica.

Desde luego, los ladrones debían de ser gente decidida a todo y no habían cometido error alguno, lo que significaba que no se trataba de una banda corriente, sino de hombres de cierto prestigio y de cierta cultura, asociados para Dios sabía qué propósitos inconfesables.

¿Y el papel de Fred en todo esto?

No cabía la menor duda de que el hermano de la muchacha con la que iba a entrevistarse había sido el informador directo de los planes del Centro y del secreto de los transportes de armas secretas a «Fedasa». Solo él sabía lo suficiente para satisfacer la curiosidad de los que deseaban apoderarse del «televibrator».

Sam tomó una avenida, deteniéndose poco después ante el edificio del Turismo. No le fue muy difícil enterarse dónde trabajaba Anna Hallowell, aunque tuvo que esperarla en una salita hasta que ella terminó una emisión, en lengua española, destinada a Sudamérica.

Cuando entró, el joven se sorprendió al comprobar que ella era mucho más bonita de lo que su ilusión había imaginado. Alta, esbelta, poseía una cabellera negra que le caía sobre los hombros, siguiendo la moda de aquellos momentos. Iba vestida con un traje de calle, color gris perla y llevaba un ancho cinturón dorado con una hebilla-reloj, artísticamente ornado y labrado.

Moore se levantó, presentándose.

Ella estrechó la mano del joven, invitándole a que se sentara y haciéndolo después ella misma.

—¿Viene a traerme noticias de Fred? —inquirió, con ansiedad en la voz.

—Me gustarla mucho dárselas, señorita —repuso él—; pero, por el momento, no sabemos nada. No quiere decir esto —añadió con una sonrisa— que no podamos, dárselas muy pronto.

—No me explico dónde puede haberse metido.

—Hay algo que usted ignora, señorita.

—¿Le ha ocurrido algo malo?

—No, no es eso. Mi jefe, el señor Callowan, me ha autorizado a hablar claramente con usted, rogándole que nada de lo que digamos aquí sea comentado en parte alguna.

—Puede estar seguro de que no diré nada a nadie. Tiene mi palabra.

—¿Incluso a su prometido?

—No lo tengo.

Sam estuvo a punto de sonreír, pero se contuvo. Además no pudo evitar un pensamiento de pánico al imaginar la cara que hubiese puesto Donald al saber de qué ladino procedimiento se había servido para saber si la hermosa muchacha estaba comprometida.

—Señorita Hallowell —dijo—, han robado un arma secreta.

—¡Oh!

—A pesar de todo y sin querer ofenderla, he de decirle que tenemos la seguridad de que ha sido su hermano quien ha informado a los ladrones de la existencia de ese arma y del modo en que iba a ser transportada al Depósito Federal.

—¿Fred ha hecho eso?

—Seguro, pero no se alarme, por favor. Le han podido obligar a decirlo.

—Comprendo.

Una expresión de sincera tristeza apareció en su rostro.

—Aunque, señor Moore, no es muy difícil obtener una cosa de mi hermano: basta ofrecerle unas botellas para que lo diga todo.

—Ya lo sabemos. Su vicio le ha sido muy perjudicial, ya que, cuando salió del Centro anteayer, estaba despedido.

—¡No!

—Ésa es la verdad, señorita Hallowell. El profesor Patchen le había despedido.

—¡Tenía que pasarle, no había remedio! Usted no puede imaginarse cuánto he luchado con él, cuánto he podido hacer para convencerle de que no debía seguir bebiendo —bajó la mirada—. En el fondo, es un excelente muchacho, créame.

—Estoy seguro de ello.

—Pero cuando está bebido se convierte en una especie de guiñapo: un hombre sin voluntad, débil hasta lo inconcebible.

—¿No podría usted decirme algo que pudiese orientarnos sobre sus costumbres? Comprenda que tenemos que seguir sus huellas desde que salió del Centro. Es la única manera de poder orientarnos de lo que pudo ocurrirle y terminar encontrándolo.

Ella estaba intensamente pálida.

—Debe de haberle ocurrido algo horrible.

—No lo crea. Quien le raptó sigue necesitándole, ya que sólo él sabe cómo funciona el aparato robado, ¡Si pudiésemos encontrarlo antes de que le obliguen a emplearlo!

—¿Es peligroso... ese aparato?

—Puede llegar a serlo, aunque seguimos sin comprender qué utilidad puede tener para los que se han apoderado de él.

Hubo una pausa.

Después la muchacha empezó:

—Yo no sé qué decirles. Fred solía ir por todas partes y es conocido en la mayoría de los bares de la ciudad... —sonrió tristemente—. Muchas veces he tenido que ir a buscarle en esos sitios horribles, a altas horas de la madrugada. Solía hacerlo antes; pero, poco a poco, fui acostumbrándome a esperarle, sabiendo de antemano en qué lastimoso estado volvería.

—Comprendo.

—Por eso mismo no puedo procurarle ninguna pista, señor Moore. Y crea que lo lamento. Esta vez, al ver que no volvía, supuse que estaba trabajando en el Centro, y no quise llamarle, porque... En fin, ¿para qué ocultarlo?, estábamos un poco enfadados.

—¿Solían enfadarse a menudo?

—¡Oh, no! Jamás.

—Entonces ¿qué había ocurrido esta vez para que se enfadasen?

Ella le miró y él leyó la duda en sus ojos; pero finalmente dijo:

—Hay cosas de las que no querría hablar nunca, señor... Compréndame, Yo no quiero tirar por tierra a mi hermano, aunque conozco, mejor que nadie, sus defectos. Pero también tiene virtudes.

Sam esperó a que ella llegase a la conclusión de que debía explicar algo más.

—Fred y yo nos enfadamos; es decir, me enfadé yo con él porque, por primera vez desde que vivimos juntos.... me había cogido dinero.

—Entiendo.

—Hasta entonces él se arreglaba con lo que ganaba, aunque, la verdad es que la casa estaba enteramente a mi cargo. Pero cuando noté que habla tomado dinero de mi bolso, sentí que las cosas habían pasado de los límites razonables y le hablé crudamente. Él no me dijo nada y salió de casa. Fue entonces la última vez que lo vi.

—Espero que no irá a creer que Fred obró como lo ha hecho por la desesperación del disgusto que tuvo con usted, ¿verdad?

—No, ya lo sé. Fred debió olvidarlo todo cuando bebió lo suficiente. Eso es lo más horrible de mi hermano: esa especie de

irresponsabilidad que se apoderaba de él cuando bebía. Entonces todo perdía su importancia, incluso las cosas más sagradas. Por eso no me extraña que alguien, conociendo esa debilidad de mi hermano, se haya aprovechado de él. ¡Pero Fred no es responsable de sus actos, señor Moore!

—Ya lo sabemos. También quería decirle que debe comunicarnos todo lo que pueda pasar.

—No le entiendo.

—Verá. Nosotros ya nos hemos formado una idea de su hermano. No es que lo conozcamos como usted, eso sería imposible; pero, de todos modos, sabemos que llegará un momento en que su conciencia le exigirá cuentas. Cuando llegue ese instante, Fred hará lo imposible por echar marcha atrás, por reparar el daño que ha producido. Y lo más normal es que intente comunicarse con usted, sin despertar las sospechas de quienes le retienen. ¿Me entiende ahora?

Perfectamente. No tema: le comunicaré cualquier cosa que ocurra.

—Bien. Voy a darle un teléfono donde la atenderán en cualquier momento. De todas formas, yo vendré, si no le molesta, a verla de vez en cuando. Sobre todo para comunicarle si sabemos algo.

—Se lo agradeceré infinito.

Se despidieron y Sam, una vez en el coche, sonrió.

¡Lástima que no pudiese verla todos los días!

Pero, a pesar de la «buena, suerte» que Willis le adjudicaba, Moore sabía que, en cualquier instante, podía el Servicio alejarlo de allí, Dios sabía dónde.

CAPÍTULO IV



Todd le molestaba la impaciencia de Kalb. Este junto a la ventana, no dejaba de mirar a la carretera y fumar, con chupadas ansiosas, cigarrillo tras cigarrillo.

—¡Vas a acabar poniéndome nervioso! —protestó el jefe.

Emil se volvió, tirando la colilla al suelo y pisándola después con saña; luego se disculpó:

—Perdona, David, pero es que no puedo aguantar más.

—Ten paciencia, muchacho. Lo que éstos tienen que hacer es delicado y prefiero que lo hagan bien, sin prisas.

—Es verdad.

—Necesitamos una información completa. Y Barker no nos perdonaría si no se la diésemos.

Los ojos de Emil Kalb brillaron con mayor intensidad.

—¿Qué es lo que hace Leo en el laboratorio?

Ted sonrió.

—Ni yo mismo lo sé. Ha dado la orden de que no se le moleste. Ya sabes que estuve hablando con ese Fred durante más de tres horas. El muchacho le explicó el funcionamiento del aparato; pero, cuando yo creí que lo había comprendido, Barker me dijo que Fred debería hacer funcionar el aparato, ya que él no podría hacerlo.

—¡Eso es una estupidez! ¿Es que no se da cuenta de que de esa forma estaremos siempre pendientes de Hallowell?

—Ya lo sé. Y no vayas a creer que me gusta mucho el programa. Yo tenía ya mi plan formado: apoderarnos del aparato y deshacernos de Fred. No es un tipo en el que uno pueda fiarse.

—Eso mismo pensaba yo. ¿Por qué no obligas a Leo a que sea él quien maneje el cacharro?

—No puedo, al menos por el momento. Ya sabes que Barker es

leal y no nos engaña. Además, le necesitamos, ya que ninguno de nosotros comprende ni «papa» de todas esas cosas.

—Pero...

—Déjame hablar. Barker me ha prometido obtener todo lo que queramos sin ninguna molestia; pero ya me lo ha dicho claramente: «Si me dejáis tranquilo, todo se arreglará. Si empezáis a decir idioteces, no sacaremos nada en limpio...»

—¿Entiendes tú algo?

—Nada. Lo que sí he entendido es que me ha pedido doscientos mil dólares más. Marilyn y él estuvieron ayer, todo el día, de compras en Nueva York. Y trajeron una furgoneta llena.

—¿De qué?

Todd hizo un gesto de fastidio.

—¡No lo sé, Emil! Y tampoco me importa. Leo tiene razón: tenemos que dejarle trabajar tranquilamente. El asunto es demasiado importante para perder el tiempo en idioteces.

—Esperaremos entonces.

—Claro que sí... ¿No oyes un coche?

Kalb se precipitó a la ventana, viendo que los que esperaban habían llegado. Un monorreactor Crysler se acababa de detener justamente en la puerta. de la casa.

—¿Son ellos?—'inquirió David.

—Sí. Voy a decir que suban en seguida...

Salió corriendo y momentos más tarde volvía, precediendo a Tobin y Carl Spatz, los otros dos miembros de la banda.

Los recién llegados se dejaron caer en sendos sillones y Emil, solícito, les sirvió de beber, sin dejar de sonreír.

—¡Vaya día! —suspiró Alfred Tobin.

—¿Ha sido duro? —inquirió Todd.

—Ya puedes imaginártelo. Hasta ahora; es decir, cuando trabajaba para el pobre Níkus, hasta que le llevaron a la cámara electrónica, el trabajo de información era bastante sencillo: bastaba ir al Banco en cuestión, enterarse del movimiento y saber, aproximadamente, además de los detalles del edificio, las características de la caja fuerte y algunas otras cosas más. Ahora... ¡es para volverse loco!

David sonrió.

—Sigue.

—Es curioso. Mientras hacíamos el trabajo, me parecía como si hubiésemos perdido la cabeza, ¡Imagínate! Enterarnos de lo del Banco, de los almacenes más importantes, de muchas tiendas, bares,

restaurantes. Y calcular, lo más aproximadamente posible, el dinero que puede haber en todos esos sitios, mañana a las once de la mañana.

—¿Y qué?

—Hemos llenado una docena de cuartillas con números. Por lo menos, contando muy bajo, tres millones.

Emil emitió un silbido de admiración.

—¡Buen comienzo! —exclamó.

—No sé —le interrumpió Tobin, con acento de duda en la voz—. Yo no comprendo lo que os traéis entre manos. Pero cuando pienso que se trata de asaltar una ciudad entera de más de doce mil habitantes... ¡la cabeza me da vueltas!

—No te preocupes —repuso Todd—. No tendrás que hacer casi nada. ¿Y el plano?

—Aquí está.

Abrió la cartera de mano que llevaba y tendió el plano al jefe. Este, lo abrió, contemplándolo durante unos minutos.

—Tendré que entregárselo a Barker. Me lo ha pedido con urgencia. ¿Habéis señalado todo?

—Sí. Ya verás que hay lugares marcados con números, según su importancia. El Banco tiene el número uno.

—Ya veo. Muy bien, muchachos. Veremos lo que dice nuestro hombre inteligente.

Emil torció el gesto.

—Me pasa lo que a éstos —dijo—; no estoy nada tranquilo.

—Lo comprendo —respondió David—. ¿Qué queréis? Habéis trabajado hasta hora para gente que se limitaba a asaltar un Banco o a detener un camión con la paga de una fábrica. Exponíais la vida, pero estabais contentos. Ahora, cuando os proporciono un trabajo cómodo, sin peligros y mucho más productivo que los que hacíais antes, encima os quejáis.

Emil se acercó a él.

—No es eso, Todd; compréndenos. Lo que ocurre es que no entendemos nada de lo que hay que hacer.

—¿Y qué?

—Que antes estábamos acostumbrados a saber hasta lo más pequeños detalles del trabajo; sabíamos hasta dónde todo era posible.

—No tenéis por qué preocuparos: todo saldrá bien.

—¡Ojalá sea así!

Todd abandonó la estancia, con las notas y el plano que Tobin le había entregado. Subió al piso superior y llamó a la única puerta que había.

Al abrirse la puerta, Barker apareció en el umbral.

Llevaba una bata larga, manchada de cien cosas distintas y sus manos estaban cubiertas por guantes de goma.

—¿Qué hay?

—Te traigo la información y el mapa.

—Pasa.

David lanzó una mirada de curiosidad al laboratorio, pero no vio más que cajas de madera y aparatos desconocidos por todas partes.

Sentándose ante su mesa de trabajo, Leo repasó los detalles que el otro le había llevado, estudiando detenidamente el mapa. Durante cerca de quince minutos, el silencio reinó en el laboratorio.

—Creo que todo saldrá bien —dijo Barker.

—¿No quieres decirme nada?

—No, por ahora. Ya te lo explicaré después. Por el momento, bastan estas instrucciones: a las once menos dos minutos, Fred, desde un punto que ya hemos determinado, hará funcionar el «televibrator»: dos minutos después entraré yo en liza, con la furgoneta que me habrá llevado por la mañana; los demás esperarán al otro lado del pueblo, a doscientos metros de esta casa, con los dos coches. Allí se estarán hasta que yo llegue.

—¿Y después?

—No te preocupes por más. Ya he visto que han calculado unos tres millones de dólares; pero no han pensado más que en el dinero. Aquí hay dos joyerías que pueden proporcionarnos algo más.

—¿Y cuando hayamos acabado?

—Eso es cuenta tuya. Me habías dicho que tenías una casa en California ¿No es así?

—Todo está preparado. Pero pensaba en lo que tenías que llevarte de aquí.

—Ya no necesitaré nada. Los aparatos que estoy preparando irán conmigo en la furgoneta. Conviene que los otros dos coches, una vez cargado el dinero y lo demás, tomen caminos distintos. No es que haya peligro importante, ya que la policía tardará bastante en darse cuenta y mucho más tiempo en comprender, puesto que no entenderá nada hasta que la SIP entre en acción. Tendremos tiempo suficiente para llegar a esa finca.

—¿No vendrás con nosotros?

—No hace falta. Es posible que llegues el primero a California; pero no debéis preocuparos por mí: sé cuidarme.

—Como quieras. ¿Y Fred?

Ése trabajará con Marilyn y después irá con ella, hacia el Oeste.

Ya sé que es el único que la policía conoce. Por eso debe esconderse en la furgoneta que llevará la muchacha.

—¿Y si se escapa?

Leo sonrió.

—No te preocupes, Todd: no se escapará. He hablado con él y le he convencido de que no ganaría nada presentándose. No olvides que no puede encontrar defensa para lo que ha hecho: él ha sido quien nos ha informado de todo. Al menos, lo cree. Y eso es lo fundamental.

—Comprendo.

—Di a los muchachos que tengan confianza. Ya comprendo que estarán un poco nerviosos. Pero, cuando vean cómo pasa todo, estarán encantados de trabajar sin riesgo alguno.

—Ya se lo diré.

—Ahora deja que siga trabajando. Tengo que montar unos aparatos todavía.

—Está bien. Hasta luego.

—Hasta luego.

* * *

Ella conducía la furgoneta. En el interior, Fred, sentado junto al aparato, se dejaba llevar por el curso de sus ideas, que no eran precisamente todo lo optimistas que él hubiese deseado.

¡Si al menos le hubieran dado un trago!

Pero Todd se había mostrado inflexible, ordenando a la muchacha que guardase la botella en la cabina y que no la abriese hasta que todo el trabajo hubiese terminado.

Hallowell notó que el vehículo ascendía por una empinada cuesta y se dijo que pronto llegaría a la cima, El «televibrator» debía ser empleado desde una altura, de modo a concentrar sus radiaciones sobre un punto determinado, como si se tratase de un reflector. En una llanura hubiese sido completamente inútil.

Se imaginó, por un momento, todo lo que pensarían de él en el Centro. Con la imaginación, vio los rostros asombrados de sus compañeros, oyó sus conversaciones en voz baja, cuando comentaban que él, Fred Hallowell, había ayudado a un grupo de bandidos para apoderarse del arma secreta que, entre ellos, seguían llamándola por su fórmula original: T-2X.

¿Qué podía importarle aquello?

Ellos no sabían nada... ni él tampoco; pero Fred presentía alguna cosa «en el pasado», una explicación que huía de su memoria cada vez que intentaba buscarla.

Algún día encontraría aquella explicación que ahora le escapaba y todo, absolutamente todo, se haría claro, incluso para él mismo.

Y para Anna.

Al pensar en su hermana, una sensación de ternura le invadió, pero fue casi en seguida superada por la sed, que le mordía intensamente, como en los peores momentos.

El vehículo se detuvo y poco después le abrían la puerta posterior de la furgoneta. Marilyn apareció allí, sonriente, como de costumbre.

La vista de la muchacha apaciguó un tanto el nerviosismo de Fred y también le sonrió, saltando ágilmente a tierra.

—¿Cómo ha ido el viaje? —inquirió ella.

—Bien... un poco pesado nada más.

Se dirigió al reborde del camino y observó, desde lo alto de la colina, la llanura que se extendía a sus pies. Unas columnas de humo, como neblina, señalaban la situación de Rock City, el pueblo que iba a ser atacado.

—¿Es allí? —preguntó el muchacho.

—Sí.

Volvió él a la furgoneta, y sacó la maleta que contenía el «televibrator». Con ella, se dirigió después al borde del camino, completamente desierto. La abrió y sacó una especie de raro proyector, cuyas cargas estaban colocadas a un lado, en depósitos forrados de aluminio.

—¿Qué hora es, Marilyn?

—Las once menos cinco.

Él se pasó la lengua por los labios resecos,

—¿Por qué no me das un trago, uno pequeño?

Los ojos azules de la muchacha se clavaron en él; luego, ella, se pasó, la mano por los cabellos rubios que le caían sobre la espalda.

—¡Cuanto me gustaría que dejases de beber, Fred!

—Ya sabes que eso es imposible.

—¿Por qué?

Se encogió él de hombros.

—¿Y yo qué sé?

—No digas bobadas. Hay muchos hombres que bebían tanto como tú y han dejado de hacerlo. Lo que hace falta es un poco de voluntad.

Fred sonrió, con tristeza.

—¿Voluntad? No sabes lo que te dices, pequeña... Yo ya no tengo voluntad: soy un desecho, algo que no vale nada, sino es para traicionar.

—No debes tratarte de esa manera, Fred. Fíjate en mí: desde

pequeña, por la fatalidad de la vida, he tenido que luchar, completamente sola, contra todo... Nunca he tenido nada a mi favor ni nadie que me ayudase; pero, a pesar de todo, no pierdo la esperanza de liberarme de todo esto, de escapar de esta vida innoble y de vivir como las demás mujeres.

—¡Eres formidable!

—¿No te ríes de mí...? Ya sabes cómo vivo y cómo he debido luchar. Una debilidad cualquiera y me hubiese perdido para siempre. Quise ser artista y rodé, en Hollywood, de un estudio a otro, esperando una oportunidad que nunca llegó. Luego conocí a Todd... pero no vayas a creer que no he sabido defenderme. Y David ha llegado a acostumbrarse a tenerme a su lado sin ninguna compensación por su parte.

—Tu caso es muy distinto.

—No lo creas. Los mismos peligros que a ti, en cierto modo, me amenazaron siempre. Pero supe mantenerme firme: eso es todo. Y todavía no comprendo cómo un hombre como tú, inteligente, casi un sabio, ha podido llegar tan bajo.

Hallowell torció el gesto.

Aquellas palabras le recordaban las de su hermana.

—¿Por qué no cambiamos de conversación?

—Como quieras. ¿Quieres decirme cómo funciona eso? —y señaló el aparato que él estaba preparando.

—Es bastante fácil —repuso el joven—. Aquí dentro se producen una serie de vibraciones que el cerebro humano no puede soportar, ya que alteran todas sus funciones. Ahora, cuando enviemos esas vibraciones, como si fuera un haz de luz, sobre aquella pequeña ciudad, todos perderán el conocimiento.

—¿Mucho rato?

—Todo el tiempo qué estemos enviando vibraciones.

—Ya comprendo. Y mientras ellos están dormidos, Todd y los muchachos desvalijarán la ciudad. ¿No es eso?

—Sí.

Ella miró el reloj.

—Faltan dos minutos, Fred.

Él no pensó en la hora, sino en que después podría beber, a su antojo, en el interior de la furgoneta, mientras el vehículo se alejaba de allí, después de haber cumplido su cometido.

Las palabras de Marilyn le llegaron a la conciencia, como si hubiesen despertado en ella:

«No comprendo cómo un hombre como tú ha podido llegar tan

bajo...»

¿Lo comprendía él, acaso?

Algo tenía que haber, en lo hondo de la memoria, que explicase todo aquello: una respuesta a todas las preguntas que se había hecho desde hacía muchísimo tiempo...

Pero sabía que el «whisky» se encargaba de apagar el ansia de saber. Y que era como algo delicioso que le hundía un poco más, un poco más... ¿en dónde le iba hundiéndose?

¿Y eso qué importaba?

Fue entonces, en aquel momento, cuando Marilyn llamó su atención.

—Faltan diez segundos, Fred... ocho, seis, cuatro... tres... dos...

Hallowell oprimió el botón que ponía en marcha su aparato.

Una luz verdosa salió proyectada hacia delante.

CAPÍTULO V



HARLES FRADEMAN, el jefe de la policía local de Rock City, estaba intensamente pálido,

—Las cosas ocurrieron de una manera que ninguno de nosotros podemos comprender —dijo—. Fue repentino y si nos dimos cuenta de que algo había sucedido fue después al ver el estado de las calles y al comprobar los robos.

Callowan asintió con un gesto.

—¿No recuerda nada?

—Nada. Yo estaba en mi despacho y debí de caer de la silla, en un esfuerzo inútil por levantarme... Luego, cuando desperté, temí haber sufrido un desvanecimiento. Llamé al timbre y nadie me contestó. Haciendo entonces un esfuerzo, salí del despacho y vi que todos los demás estaban tirados en el suelo o apoyados sobre sus mesas, como si durmiesen.

»Creí, por un momento, que hubiésemos sufrido un terremoto; pero cuando los teléfonos empezaron a funcionar y pude darme cuenta, por los informes que me iban llegando, de la magnitud de la catástrofe, no supe qué pensar.

—Siga, por favor.

—En la calle se habían producido los hechos más insólitos. Y es natural, porque los que perdieron el conocimiento en especiales condiciones no pudieron hacer otra cosa. Así, los conductores de vehículos perdieron el control de los mismos, lo que produjo medio centenar de accidentes graves, con un balance de treinta muertos.

—Dijo usted antes que las víctimas eran treinta y una.

—Sí. La otra fue un pintor que estaba repasando una fachada. Al quedarse sin sentido, se desplomó desde lo alto de la plataforma, matándose en el acto.

—Comprendo.

—Había infinidad de vehículos empotrados en las fachadas y escaparates y las calles, sobre todo las aceras, llenas de hombres, mujeres y niños tendidos en el suelo, con contusiones leves que se hicieron al caer sin sentido.

»Era un espectáculo alucinante.

—¿Y los robos?

—Tardamos bastante en darnos cuenta. Creyendo que habíamos, sido objeto de una extraña agresión, hubo quien pensó en una guerra, pedimos auxilio a las ciudades vecinas y nos ocupamos, antes que nada, de las gentes que se hallaban en un estado de depresión tremenda. Ya comprenderá usted que el terror no había desaparecido y que muchos, temiendo que el fenómeno se repitiese, huyeron de Rock City para refugiarse en los campos y bosques vecinos.

»Poco a poco, a medida que fuimos volviendo a coger las riendas de la población, nos enteramos de los robos. Era evidente que, aprovechando nuestro estado de inconsciencia, alguien había asaltado los almacenes, los bares, las tiendas y el Banco, así como la Caja de Ahorros, llevándose todo cuanto encontraron.

—¿A cuánto asciende lo robado según su primer informe?

—A doce millones de dólares, señor. Las Compañías de Seguros están asustadas y va a ser un verdadero problema entenderse con ellas.

—¿Había huellas de violencia?

—Algunas; pero, de todas formas, los ladrones no tuvieron que hacer mucho para apoderarse de su botín. La caja del Banco estaba abierta en aquel momento, ya que el establecimiento, abarrotado de público, poseía una vigilancia muy buena: once agentes a mis órdenes estaban allí, igual ocurría con los demás establecimientos. Los asaltantes no tuvieron más que abrir las registradoras, romper algunos escaparates, sobre todo en las joyerías y tirar algunas puertas.

—Está muy claro, amigo Frademan. Le agradezco infinito que haya venido a Washington y le ruego transmita a la población toda clase de seguridades. Puede decirles incluso que el Congreso tomará medidas excepcionales para hacerse cargo de ciertos gastos e influir sobre las Compañías de Seguros.

—Muchas gracias, señor Callowan.

Se estrecharon la mano y el jefe de la policía de Rock City salió de la estancia, siendo acompañado hasta la puerta por Moore, que, con King y el profesor Patchen, estaban en el despacho de Callowan y habían escuchado las declaraciones de Frademan.

Una vez cerrada la puerta, Donald se volvió hacia el sabio.

—Y bien. ¿Qué le parece?

—¡Espantoso!

—«No creo que haya duda alguna respecto a la forma en que han neutralizado esa ciudad, ¿verdad?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que sólo podían lograr esos resultados con el «televibrator». ¿No es así, profesor?

—Evidentemente.

—Ya ve usted que yo no me equivocaba al pensar que lo utilizarían de una manera parcial, en vez de entregarlo, como usted sospechaba, a una potencia extranjera.

—Ahora ya sabemos lo que buscan- y lo que desean. Conocemos sus propósitos y estamos dispuestos a intervenir.

—¿Tiene usted algún plan concreto?

—Sí. He estado pensando toda la noche, desde que conocí los hechos, y he llegado a la conclusión de que no puede emplearse ese aparato más que en determinadas condiciones: contra una ciudad pequeña y operando desde una altura. ¿No es así?

—Sí, señor Callowan. El «televibrator» obra como un reflector y para poder «iluminar», digámoslo así, una zona, debe proyectarse desde una altura. Por otra parte, y en eso también tiene usted razón, si se desease emplear contra, una gran ciudad, fallaría, ya que a más de mil metros, las vibraciones pierden intensidad.

—Comprendido. Esas limitaciones son las que van a permitirnos luchar para evitar que lo de Rock City se repita. Los ladrones se envalentonarán, después de este éxito, y querrán aumentar su botín; pero voy a crear una serie de dificultades para impedirselo.

—¿Puedo saber cuáles? —inquirió el profesor.

—Sí. Todas las ciudades pequeñas estarán, a partir de hoy mismo, ligadas por teléfono y visófono a una gran ciudad, la capital de un estado por ejemplo. Se llamará cada tres minutos y un empleado contestará. En el momento que no se reciba contestación, fuerzas de la policía, y si es necesario del ejército, correrán hacia el sitio que permanezca mudo, rodeándolo y casando a los ladrones cuando éstos estén más seguros de su triunfo.

—¡Es formidable!

Donald sonrió.

—No tenemos otra manera de actuar; al menos por el momento. Hemos de cazar a uno de ellos y hacer que, confiese dónde se ocultan o cómo se mueven en el país, ya que estoy seguro que no estarán mucho tiempo en el mismo sitio.

Ben Patchen se secó la frente que tenía empapada en sudor.

—Sus palabras me tranquilizan, señor Callowan. Por lo menos, se evitará una catástrofe como la que ese señor nos acaba de contar. ¡Qué barbaridad!

Treinta y un muertos.

—No juegan mucho, no —dijo Donald—. Ninguno de ellos escapará a la cámara electrónica cuando los cacemos.

Y después de una pausa dijo:

—Quisiera preguntarle algo, profesor.

—Usted dirá.

—Todos hemos oído que, aprovechándose de la acción de las vibraciones, se ha saqueado una pequeña ciudad; pero ¿es que los asaltantes no eran sensibles a esas radiaciones?

—¡Es verdad! —no pudo por menos de exclamar Moore, asombrado.

—Usted —siguió diciendo Donald— conoce mejor que nadie ese aparato. ¿Hay alguna manera de contrarrestar la acción de las vibraciones que produce?

—Ninguna, señor Callowan.

Donald se frotó el mentón pensativo.

—Ése es —dijo, después de un corto silencio— el misterio que tenemos que resolver. Porque es indudable que «alguien», fuera quien fuese, tuvo que penetrar en Rock City bajo la acción de las vibraciones.

—Indudablemente.

—¿No puede haber un medio, un traje aislante con una escafandra, por ejemplo, capaz de proteger a los asaltantes?

—No lo creo. Estaríamos mucho tiempo, amigo mío, explicando la naturaleza de esas vibraciones. Por eso se trata de un arma secreta. Su cualidad más importante es que no existe protección posible contra ella. Todo lo que es vivo, desde la planta al hombre, sufre sus efectos: aunque, naturalmente, cuanto más complicada es la naturaleza del sujeto, más intensa es la acción de las vibraciones.

—Ya lo entiendo. Bueno, amigos míos. Daremos por terminada esta reunión por hoy. Nosotros —y se dirigió a los agentes— tenemos mucho que hacer.

* * *

Ante el vaso de *whisky*, el primero que se había servido desde que llegaron a aquella finca de California, Fred estaba pensativo, preocupado, con un brillo especial en los ojos.

En el otro extremo de la estancia que le habían asignado, lujosamente amueblada, Marilyn Cooper fumaba un cigarrillo.

Había venido a hacerle compañía.

—Están como locos —dijo ella con una sonrisa de desprecio.

—¿Eh?

La frase de la muchacha había roto, por el momento, el hilo de sus ideas. La miró encontrándola más bonita que nunca.

Inquirió:

—¿Decías algo?

—Sí. Te estaba diciendo que están como locos,

—¿Qué hacen?

—Contando el dinero y separando las joyas. Nunca he visto más avaricia en unos ojos humanos. Me han asqueado y he preferido venir aquí, a hacerte un poco de compañía.

—Gracias, Marilyn,

—Aunque no creo que te hayas dado cuenta de que estoy aquí. ¿En qué piensas, Fred?

—En algo que me trae de cabeza desde ayer.

—¿Puedo saberlo?

—Sí, Porque, además, es posible que puedas darme tú las respuestas que estoy buscando.

—Pregunta.

—¿Cómo es posible que los muchachos entrasen en la ciudad si estaba sometida a la vibración? ¿Cómo lo han hecho, pequeña?

—No lo sé.

—¿No te lo han dicho?

—No. Y la verdad es que no había pensado en ello por ahora.

—Yo sí. Llevo toda la noche pensando. Porque sé que ningún ser humano puede penetrar en la zona afectada por el «televibrator». Sin embargo, ellos han entrado tranquilamente para apoderarse del dinero y las joyas.

—Así ha sido.

La mirada de Fred se hizo más penetrante.

—¿Tú conoces a ese Leo Barker?

—¡Naturalmente!

—¿Cómo es?

—Joven, como tú, aunque un poco más seco; es decir —sonrió—, menos comunicativo.

—Me gustaría conocerlo, Marilyn.

—Es posible que te lo presenten un día,

—Lo deseo.

—¿Por qué ese interés?

—Porque debe de ser un «as», pequeña. Sólo un tipo de una inteligencia asombrosa puede lograr un medio de vencer las vibraciones del aparato. El profesor Patchen y yo intentamos mil maneras distintas de conseguirlo, pero todo fue inútil.

—¿Quién es ese Patchen?

—Mi jefe en el WGSS.

—¿Eras su ayudante?

—Sí.

—¡Qué lástima!

—¿Por qué me dices eso?

—Porque no puedo dejar de pensar en lo que hubieses llegado a ser de no haber tenido ese feo vicio. ¡Fred!

Él la miró, enarcando las cejas, asombrado de su exclamación inesperada.

—¿Qué quieres?

—¿No te has dado cuenta?

—¿De qué?

—De tu *whisky* Te lo has servido hace al menos cinco minutos y todavía no lo has probado.

Hallowell se encogió de hombros.

—Eso tiene arreglo —dijo alargando la mano.

Pero ella, de un salto, fue hacia él y le arrancó el vaso de los dedos.

— ¡No, Fred! ¡Te lo ruego!

—Pero,, ¿puede saberse qué te pasa?

—No bebas ahora. ¿No te das cuenta de que, sin quererlo, acabas de darme una prueba de voluntad?

—No digas bobadas.

Ella se arrodilló a su lado, sobre la espesa alfombra que cabría la estancia y mirándole a los ojos empezó:

—Voy a decirte algo, Fred...; una cosa que me costaría muy cara si los otros lo supiesen. Y no es que pueda confiarme mucho en ti, sí, no digas nada —había puesto la mano sobre la boca del joven—. No es por tu culpa, Fred, sino por el maldito alcohol que te impide guardar el menor de los secretos. Ellos me han ordenado que te haga beber.

— ¡Buenos chicos!

— ¡No digas eso! Yo sé que tú puedes ir venciendo el vicio, aunque te cueste mucho. No creas que estás perdido irremisiblemente.

Fred frunció el entrecejo.

—¿A qué viene esto, pequeña? ¿Qué puede importarte lo que me ocurra?

Ella bajó la cabeza.

—Tienes mucha razón...—musitó.

Pero Hallowell, cogiéndola por el mentón, la obligó a volver a mirarle a la cara.

—¿De verdad que crees que tengo cura, Marilyn?

Le emocionó ver las lágrimas que salían mansamente de aquellos hermosos ojos azules.

—Sí..., lo... creo —balbució ella.

Él bajó un poco más la cabeza, inclinándose, y la besó dulcemente en los labios.

—Eres muy buena, pequeña.

—Compréndelo, Fred —y se apelo-tonó a sus pies, como una gatita—. Yo he sufrido mucho y no he conocido, a lo largo de mi vida, más que hombres malos, ambiciosos, llenos de deseos incontrolables. Tú eres el primero que no es como ellos. Y además —su voz bajó una octava, haciéndose casi inaudible— tú me necesitas, necesitas alguien que te impida desmoronarte por completo.

Fred no pudo evitar una sonrisa.

—Si Anna te oyese —repuso—, te comería a besos, pequeña.

—¿Por qué?

—Porque siempre repetía lo mismo: «El día que encuentres una mujer que te quiera verdaderamente, podrás salir de donde estás, hermanito...»

—¡Cuánta razón tenía! ¿Sabes que me es muy simpática, aunque no la conozco?

—Lo es, Marilyn; aunque esté mal el decirlo... No es pasión fraternal, sino realidad. La he dado demasiados disgustos y ninguna otra muchacha lo hubiese soportado. Ahora debe de estar con el alma en vilo. ¡Imagínate! Sin noticias mías...

Una luz se encendió en las pupilas de la joven.

—¿No podríamos enviarle una tarjeta postal diciendo que estás fuera de peligro?

—No lo hagas, pequeña. Estos tipos te matarían.

—No lo sabrán. Mañana he de salir con Barker a comprar no sé qué. Iremos a San Francisco y luego me dejará en el cruce para ir a su laboratorio.

—¿Cómo? ¿No lo tiene aquí?

—No. Y nadie sabe dónde lo tiene.

— ¡Qué extraño! No creía yo que Todd consintiese esas cosas.

—David le escucha siempre.

—Comprendo.

—¡Ya verás! —se animó ella—. Mañana enviaré la tarjeta a tu hermana, desde San Francisco. Eso la tranquilizará.

La besó de nuevo.

—Ahora debo irme —dijo ella—. Voy a ver si han acabado de

contar.

—¿Es que no te interesa tu parte, pequeña?

Marilyn se encogió de hombros.

—Nunca me interesó demasiado el dinero, Fred.

Hay otras cosas más importantes en la vida. Pero, para ellos, debo mostrarme tan ambiciosa como los demás. No me comprenderían si no lo hiciese. Adiós.

—Adiós, cariño.

Y cuando ella estaba en la puerta la llamó:

—¡Marilyn!

Se volvió, sonriente, con una expresión de indiscutible felicidad en el rostro.

—¿Qué?

— ¡Llévate esta botella! ¡No quiero beber más!

Le miró con intensidad.

—¡Eres un ángel, Fred! —Después, sin dejar de sonreír, añadió—: Pero eso sería querer romper algo por la fuerza. No creas que dejo de quererte por eso, amor mío. Más has de ser tú, tú solo, quien se resuelva a vencer. Deja la botella ahí y domínate. Sólo así conseguirás la victoria..., nuestra victoria— añadió emocionada.

—¡Espera! Voy a darte las señas.

—No grites, por favor. Tienes razón, me iba sin ellas —murmuró la joven.

Apuntó lo que Fred le dictó.

—Que pases buena noche., cariño —dijo después de un breve rato.

—¿No me das un beso...?

—No. Mañana, cuando vea la botella, veremos...

Y cerró la puerta tras sí.

CAPÍTULO VI



El sonido de la chicharra, cuando llamaron a la puerta, la sobresaltó y dejando las prendas que estaba guardando, se dirigió hacia el hall, donde permaneció un breve instante antes de decidirse a abrir.

Sonriente. Sam Moore se llevó la mano al borde del sombrero, desde el otro lado del umbral.

—¡Buenas tardes, señorita Hallowell!

Ella aparentó sorpresa, logrando una sonrisa nada convincente.

—¡Ah, es usted! ¿Algo nuevo?

Hubo un simpático reproche en el gesto de Sam.

—¿Es que no va a dejarme pasar...?

—¡Perdón! Pase y tome asiento. Voy a prepararle algo para beber.

Pero él la cortó con un ademán.

—Por mí no se moleste, señorita. Puede continuar haciendo las maletas. No la importunaré mucho; de verdad.

Anua frunció el entrecejo.

—¿Mis maletas? ¿Cómo lo sabe usted?

Él sonrió.

—Es mi oficio, señorita; no lo olvide.

Se sentó, aceptando el cigarrillo que Sam le ofreció.

Éste, después de haber encendido ambos, preguntó:

—¿Así que nos deja?

—Sí. He decidido tomarme unas vacaciones. Todo lo que ha pasado me ha puesto un poco nerviosa.

—Comprendo.

A la muchacha le extrañó que él no le preguntase dónde iba; así se anticipó:

—Voy a pasar unos días a Florida, ¿sabe?

—¡Excelente sitio! ¡Quién fuera usted!

—Puedo usted venir, si quiere —bromeó ella.

Moore se había dado cuenta, desde que entró en la casa, del nerviosismo de la muchacha; pero hizo como si no notase nada.

—Lo haría con muchísimo gusto, señorita..., pero el deber me envía hacia otro sitio. Precisamente venia a despedirme.

—¡Ah! ¿También se va usted de Washington?

—Sí, pero bastante lejos de Florida: a California.

Ella no pudo evitar un gesto de sorpresa; pero dominándose dijo:

—No se queje usted, señor Moore; después de todo, el Oeste no tiene nada que envidiar al Golfo.

—Tiene usted razón. Yo prefiero California.

—Un lugar encantador.

—¿Lo conoce?

—Muchísimo. No olvide que mi oficio es precisamente el turismo y que he tenido que acompañar a muchísimas expediciones de extranjeros a esos lugares.

—¡iVaya suerte!

Se puso en pie y con una sonrisa ambigua deseó:

—Espero que nos veremos pronto, ¿verdad?

—¿Piensa usted regresar en seguida?

—Eso depende de usted.

Era un golpe directo y ella no supo interpretarlo bien; por eso, decidida a conocer el sentido de las palabras del joven, preguntó:

—¿Qué ha querido usted decir?

—Que creo que basta ya de andar alrededor de la verdad, señorita Hallowell. ¿Para qué mentirnos si vamos al mismo sitio?

—¿Eh?

Él sonrió con amabilidad.

—Escuche, señorita. No nos crea tan tontos. Desde que su hermano desapareció, hemos estado vigilándola, a usted, naturalmente sin que se diese usted cuenta. Por eso, antes de que la tarjeta de San Francisco llegase a sus manos..., había pasado por las mías.

El rostro de la muchacha se tornó rojo.

—Encuentra usted eso muy gracioso, ¿verdad? —la cólera hacía brillar sus ojos intensamente.

—No comprendo...

—¡Yo sí! A ustedes les importa muy poco el dolor de una hermana; sólo les interesa capturarla, juzgarla y enviarla a la muerte. ¿Qué clase de hombres son...? ¿No se dan cuenta de que él ha debido exponerse muchísimo para enviarme esta tarjeta? ¿Son incapaces de percatarse de lo que significa que Fred se haya dirigido a mí, pidiendo ayuda?

—Ésa, es la razón de mi presencia aquí, señorita. He de

protegerla.

Ella lanzó una risa forzada.

—¿Contra quién? Yo creo que quien debe protegerme soy yo misma contra ustedes. Además —y su voz se hizo tremendamente dura— no necesito protección alguna y como no soy ninguna criminal, sino una ciudadana libre de Estados Unidos, deseo estar sola, lo que quiere decir que su presencia me molesta.

Moore se mordió los labios.

—Está bien, no se preocupe...; ya me voy.

Y salió de la estancia.

Una vez cruzó la calle, dio instrucciones a uno de los agentes que vigilaban la casa de Anna y tomó su coche para ir en busca de Willis, con quien estaba citado en las cercanías del Servicio.

King estaba sentado en el bar del edificio y miró a su compañero de una manera significativa.

—¿Te ha mandado a paseo, Sam?

El otro gruñó algo ininteligible, sentándose después al lado de King.

—Voy a comer algo —dijo—. Se me ha despertado el apetito.

—Eso está muy bien, pero no has contestado a mi pregunta de antes.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que ha pasado.

—Pues lo que tú has dicho, ¡Me ha enviado a freír espárragos! No comprendo la tozudez de ciertas mujeres.

—Es natural que reaccionase así. Lo que a ella le interesa es que no cacemos a su hermano, ya que se imagina el disgusto que vamos a darle si lo logramos.

—¿Y su protección particular? ¿Te imaginas lo que podría ocurrirle si esa tarjeta fuese un cepo de la banda?

—Ya lo sé, pero ella no piensa en ello... —sonrió Sam—. Para algo te tiene a ti, su caballero andante.

—¡Vete al diablo!

La llegada del camarero interrumpió la conversación y Moore se dedicó a devorar todo lo que le habían servido.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó entre dos bocados.

—Dentro de una hora.

—¿Con Callowan?

—No. El jefe irá en otro avión. Creo que se lleva al profesor Patchen para estudiar no sé qué asunto sobre ese dichoso aparato.

—Hasta ahora no lo han vuelto a utilizar.

—¡Hombre! Con todo el dinero que han cogido tienen para pasar una buena temporada tranquilos.

Hubo una pausa.

Después Moore sentenció:

—Si cometen el error de repetir lo que hicieron en Rock City, están perdidos. El plan de Callowan es formidable.

—No creo que sean tan tontos.

—¿Por qué no? ¿Cómo pueden saber lo que el jefe les ha preparado?

—Tienen que pensar que no nos estamos con los brazos cruzados. Y antes de dar otro golpe como el que dieron, calcularán un poco.

—Pues ya pueden calcular lo que quieran. En cuanto cometan la tontería de atacar otra pequeña ciudad, la falta de comunicación nos avisará y les tenderemos un cebo del que no podrán salir.

Willis hizo un gesto evasivo.

—Ya te he dicho antes que no son tontos. ¿Sabes que mataron al «barman» que podía habernos dado una buena pista de los pasos de Fred la noche en que fue despedido del Centro?

—Me imaginaba que lo habían quitado de en medio.

—Eso te demuestra que no se pararán ante una muerte más o menos. Están dispuestos a triunfar y harán lo posible por conseguirlo.

—Pero... ¿cómo van a utilizar el aparato en las condiciones de vigilancia que se han montado hasta ahora?

—No lo sé; pero, de todos modos, harán algo. Por fortuna, la tarjeta que ha recibido esa muchacha nos ha orientado hacia el sitio donde están ahora, si no es una maniobra para despistarnos.

* * *

El coche, conducido personalmente por Leo Barker, se detuvo en la avenida de los Tilos, en pleno Hollywood, delante de un edificio de dos pisos.

—¿Bajamos? —inquirió Todd, que iba sentado al lado del ingeniero.

—Bajaré yo —repuso el otro—. Ese tipo vendrá con nosotros. No quiero hablar en ningún lugar cerrado.

El otro asintió.

—Me parece bien. Te espero.

Leo saltó ágilmente del coche y penetró en la casa. Salió, poco después acompañado por un individuo de edad indefinida, completamente calvo y con unas gruesas gafas de miope.

Todd se colocó al volante, sabiendo que su amigo desearía

sentarse en la parte trasera para poder hablar tranquilamente con el hombrecillo.

No hubo ninguna presentación y David puso el vehículo en marcha, alejándose de la ciudad. Durante un buen rato guardaron un silencio completo; finalmente, tocando la espalda de Todd, Leo dijo:

—Puedes parar por aquí, amigo.

David obedeció y el vehículo se detuvo a un lado de la carretera.

—Ya sabe usted para qué le telefoneé, señor Lammers —dijo el ingeniero.

—Sí, tengo toda la información que me pedía. Le costará un poco cara, pero...

—Nadie le ha preguntado el precio —cortó el otro con brusquedad.

—Perdone.

—No tiene importancia. Puede empezar a hablar.

El otro carraspeó; luego dijo:

—Usted me preguntó, señor Smith, qué película estaba más avanzada y si en ella trabajaban artistas de primera categoría. Ha tenido usted suerte de elegir este momento. La «Mondial» está rodando los últimos planos de «Regreso de Marte».

—¿Quién la interpreta?

—Lo mejor de lo mejor: Beth Talmer y Lauren Mac Dear. Ya sabe usted que son los artistas más cotizados actualmente en el mundo.

—¿Y dice usted que se están rodando los últimos planos?

—Sí. La película, en «normocolor» y «estereoimpresión», empezó a rodarse en Marte, hace dos años. Ahora se trabaja en las secuencias interiores y primeros planos de los protagonistas.

—¿Luego ambos son imprescindibles en estos momentos?

—Evidentemente.

—¿En cuánto calcula usted el coste de la producción?

—Es la más cara que se ha hecho hasta ahora: unos mil doscientos millones de dólares.

—Está bien. ¿Cuándo han de terminar?

—Dentro de un par de semanas. La propaganda ya está hecha y hay una petición tan extraordinaria que se van a tener que hacer más de quinientas copias, sólo para empezar.

—¿Quién es el productor?

—William Kaberson.

—Ya le conozco.

Y después de una pausa concluyó:

—Perfectamente, amigo mío. ¿Cuánto le debo por estos informes?

—Seis mil dólares. Ya comprenderá que son cosas secretas de la casa productora y que he tenido que...

—Lo comprendo perfectamente... Lo que siento que tendrá que hacer auto-stop, amigo mío. No podemos volver a Hollywood ahora; tenemos mucha prisa.

—No se preocupe. Hay mucha circulación por esta carretera y casi todo el mundo me conoce.

—Bien.

Sacó la cartera y después de contar los billetes se los entregó al hombrecillo.

Éste abrió la portezuela.

—Si necesitan más informes, ya saben dónde pueden encontrarme.

—Perfectamente.

Apenas se había separado un par de metros del vehículo cuando Leo, con voz seca gritó: ¡Ahora, Todd!

David apretó el gatillo de su pistola, dotada con un silenciador último modelo. El disparo fue apenas audible, pero no por eso menos real, ya que el hombrecillo se desplomó sin vida junto a la cuneta.

—¡Vamos! —urgió Barker,

—¿Y el dinero?

—¿Qué puede importarnos? Si se lo quitásemos..., dejaríamos huellas suficientes como para que nos encontrasen. ¿No te has dado cuenta de que me he puesto los guantes para sacar los billetes? ¡En marcha! Tenemos que preparar algo formidable.

* * *

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó Fred.

Estaba ya levantado y se acababa de duchar; pero todavía no se había vestido y llevaba una bata azulada, con un cordón del mismo color anudado delante.

Marilyn penetró en la habitación sonriente.

— ¡Buenos días, Fred!

—¡Hola, cariño!

Se acercó a ella y la besó larga y apasionadamente.

— ¡Basta! ¡Basta! —protestó la muchacha—. Todavía no he visto si mereces este beso.

Sonriendo, Fred se separó de ella y abriendo el armario sacó la

botella de «whisky» y el vaso de la noche anterior todavía lleno.

—¿Lo merezco o no?

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Es posible que lo hayas conseguido, Fred?

—Ya lo ves.

—¿Y no te sientes mal?

—«¡No me hables! He pasado una noche horrible; pero, al levantarme y lavarme la boca, me he encontrado como nuevo.

— ¡Qué felicidad! De todos modos, hemos de tirar ese «whisky» al lavabo. Si ellos supiesen que ya no bebes...

—Sí. Voy a hacerlo ahora mismo.

Cogió la botella y el vaso, y lo vació en el lavabo. Cuando lo estaba haciendo, torció el gesto, sin poderlo remediar; pero, sobreponiéndose, volvió junto a la joven, sonriendo.

—¿Estás contenta?

— ¡Mucho!

Se sentaron y ella se ofreció a subirle el desayuno.

—Iba a hacerlo —dijo—, pero creí que estabas aún dormido.

— ¡Se acabó la vagancia, Marilyn! Estoy empezando a ser otro hombre.

Ella frunció el entrecejo.

—Eso es precisamente lo que me preocupa, querido. Generalmente, el hábito del alcohol no desaparece así corno así. Es raro que hayas podido dominarte de esa manera.

—También me extraña a mí, pero no me preocupa. Estoy contento de escapar a ese vicio denigrante.

—Hay algo nuevo, Fred.

La miró interrogativamente.

—¿De qué se trata?

—Mañana salimos de nuevo.

—¿Con la furgoneta?

—No. Vamos a utilizar un helicóptero. Volaremos sobre Hollywood.

—¿Sobre Hollywood? ¿De qué se trata, pequeña?

—No lo sé aún, Fred; pero tengo miedo.

Hallowell cerró los puños.

—Habrá que ir pensando en algo concreto, querida.

—¿A qué te refieres?

—Hay que escapar de aquí... con el aparato.

Ella clavó su mirada en la del joven. Y él leyó el terror en aquellas

pupilas.

—¿Tienes miedo? —inquirió.

—No por mí, Fred, sino por ti.

—¡No digas bobadas! Yo sólo quiero saber si estás dispuesta a ayudarme.

—Ya sabes que sí.

—Bien, Esperaremos unos días a que yo me haya recuperado algo; después, en el momento oportuno, saldremos de aquí con el «televibrator». ¿Sabes dónde lo tienen?

—Sí, está abajo, en la habitación de Todd.

—Perfecto.

Hubo una pausa entre ellos.

Luego la muchacha comunicó:

—Voy a ir a buscar tu desayuno. No quiero que crean que charlamos tanto. Podrían olerse algo.

—Bien.

Fred encendió un cigarrillo y se recostó en el sillón, mirando hacia el techo.

¿Qué se proponían hacer en Hollywood?

Ahora, que empezaba a sentirse bien y que las ideas comenzaban a fluir un poco normalmente por el cerebro, su primer deseo era huir de allí, con la joven, llevándose el aparato para devolvérselo al profesor Patchen, No quería pensar por el momento en lo que la Ley le haría pagar por su traición y complicidad.

Eso llegaría después.

Marilyn entró, con una bandeja con el desayuno.

—¿Tienes apetito? —inquirió.

Pero algo en su voz sonaba a falso y Fred la miró a los ojos, viendo cómo se ruborizaba. Al mismo tiempo se dio cuenta de que llevaba una botella de «whisky».

—¿Te la han dado para mí? —inquirió, sintiendo que una nueva debilidad se abría en él.

—SI —dijo ella. Y después de poner la bandeja y la botella sobre la mesa—: pero esta vez la han abierto antes y Todd ha echado unos polvos. Ha dicho que así te sentaría mucho mejor.

Fred, sin saber exactamente por qué, se levantó.

y cogiendo la botella fue al lavabo a vaciarla por completo.

—¿Qué quieren hacer conmigo? —inquirió al volver junto a ella.

—No lo sé. Es la primera vez que ponen esos polvos. Todd tenía una caja llena. Y como pasó el día de ayer con Leo, creo que ha sido éste quien se los ha dado. ¡No lo entiendo, querido!

Fred se pasó la mano por la frente.

—Yo tampoco, pequeña. De todos modos, hay algo que desde esta noche, ronda por mi cabeza con más precisión cada vez.

—¿De qué se trata?

—De un recuerdo que ha huido, pero que quiere volver por sí mismo... No lo sé, pero tengo la esperanza, la intuición sería mejor decir, de que ese recuerdo me traerá la luz sobre muchas cosas.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De todo. Pero sobre todo de ti.

—No temas. Hay que esperar un poco a que yo me recupere por completo. Y cuando vuelva a ser el de antes, cuando vuelva a tener confianza en mí mismo, verás cómo no pueden con nosotros.

CAPÍTULO VII



ILENCIO ! ¡Cámara! ¡Acción!-

Bajo los focos, que cruzaban sus luces logrando reflejos imponentes, se extendía, en cartón piedra y plástico, la falsa superficie de un trozo de desierto marciano. Los restos de una astronave estaban allí, medio carbonizados y las seis cámaras captaban planos distintos que irían después a conjugarse para dar la idea de un perfecto relieve.

Looman, el director, seguía con atención creciente el mover de las cámaras, que se deslizaban suave y silenciosamente sobre los «travelings». Los proyectores de aire y arena habían creado un ambiente de falso simún y el rugido hueco del viento, producido en la sección de efectos especiales se vertía, a chorros, sobre el plato.

Fue entonces cuando una silueta se recortó en la puerta torcida de la malparada astronave.

Era un hombre alto, con un brillante traje espacial, que llevaba en sus brazos el cuerpo de una joven de cabellos rubios. Bajo la cápsula de plástico, el rostro de la muchacha expresaba una belleza inigualable y la armonía de sus líneas era claramente visible en los pliegues del ceñido traje dorado que cubría su cuerpo.

Looman movió una palanca y una de las cámaras realizó un «traveling» veloz, logrando algunos inmejorables primeros planos de aquella beldad. El director sabía que millones de espectadores, «fans». de la Talmer, gritarían emocionados al ver, de cerca, la belleza de su artista preferida.

Había que hacer concesiones a la galería.

El astronauta, Lauren Mac Dear, obtuvo también, antes de salir de la astronave, algunos primeros planos que harían llorar de emoción a las histéricas que sentían latir su corazón en cuanto le veían en las colosales pantallas de todos los cines del mundo.

Otra concesión a la galería.

Finalmente, Looman hizo un gesto y el protagonista salió por completo del astrocohetes, avanzando por el falso desierto marciano, hasta que dejó delicadamente el cuerpo de la muchacha sobre el suelo.

Ella se despertó entonces.

Corriendo en sus rodillos y captando lo que les llegaba por los doce micrófonos instalados en la escena, las cintas magnetofónicas empezaron a recoger los sonidos y las palabras de los artistas.

—¿Dónde estamos? —inquirió la muchacha, incorporándose un poco.

Looman manejó otra palanca.

Un nuevo grupo de reflectores, todos ellos de luz verdosa, cambiaron el tono de la escena, haciéndola misteriosa, como si una angustia opresiva pesase sobre los protagonistas.

El director era un maestro en efectos psicológicos.

Iba a contestar Lauren cuando la sombra del monstruo se proyectó sobre ellos. Volviéndose, al mismo tiempo que las cámaras, el protagonista vio la criatura de Marte, una especie de hombre de tres metros de altura, casi completamente desnudo, con dos pares de brazos y una cabeza enorme, con un único ojo en la frente.

La muchacha lanzó un espeluznante chillido.

Todo el mundo sabía que Marte era un planeta deshabitado, pero el público necesitaba emociones fuertes y Looman sabía cómo procurárselas.

El monstruo avanzó amenazador.

Looman no pudo evitar un asome de sonrisa al pensar en el éxito de aquella película suya, cuya propaganda había recorrido ya todo el mundo. Además del dinero que produciría, una verdadera cifra colosal, su fama personal crecería muchísimo más y periódicos, revistas, radio y televisión hablarían de él en todos los idiomas.

La vanidad humana es así...

En aquel momento, a seiscientos metros de los estudios de la «Mondial», un helicóptero volaba, a reducida velocidad. La presencia del aparato no podía llamar la atención, ya que eran muchísimos los artistas que utilizaban aquel medio para trasladarse a San Francisco y las ciudades vecinas, entre dos ensayos.

A bordo del aparato que conducía ella misma, Marilyn consultó el reloj.

Falta un minuto, Fred.

—Bien.

Ella notó que la expresión del joven era seria.

—¿Te ocurre algo, querido?"

—¿No has visto un espaciódromo cuando veníamos hacia acá?

—Sí. ¿Por qué?

—He estado una vez en él... Todavía no te lo he dicho, pero hice

un curso de astropilotaje. Tengo mi título.

—¿Y qué?

—Que creo que ha llegado el momento de huir, querida. Acabo de saber la verdad... ¡una horrible verdad!

—Ahora me lo contarás... ¡Es la hora, Fred!

—Está bien.

Y oprimió el botón.

* * *

La noticia del rapto de los dos artistas cayó como una bomba.

En la sección de San Francisco, donde Callowan se había alojado, la noticia llegó quince minutos después de que el hecho se produjese. Y el jefe de la SIP, por primera vez en su vida, sin que la presencia de sus dos agentes le molestase, dio un formidable puñetazo sobre la mesa.

—¡Nos han ganado por la mano! —dijo—. ¡Qué estúpidos hemos sido! —Y después de una pausa—: Debíamos haber pensado en algo semejante, desde que la hermana de Fred recibió la tarjeta de San Francisco. ¿A qué podían haber venido a California esos bandidos si no era para dar un golpe en Hollywood?

—Podían haber repetido lo de Rock City —insinuó Moore.

—Eso es lo que todos creíamos; pero hemos olvidado algo importante...

—¿El qué? —inquirió King.

—Dejémoslo por el momento.

Fue entonces cuando el visófono se volvió a encender y el rostro acalorado del jefe de policía de San Francisco apareció en la pantalla.

—¿Qué hay? —inquirió Donald.

—Es algo que puede tener que ver con su asunto, señor —dijo el otro—. Acaban de comunicarme que alguien se ha apoderado de una astronave particular, en el espaciódromo de Banquillo.

—¿No la sigue nadie?

—Sí. Dos naves más han ido en su persecución; pero no la cogerán. Era la más rápida que teníamos.

— ¡Síganla con el espacio-radar! Quiero saber hacia dónde se dirige.

—Bien, señor.

Callowan oprimió el botón, haciendo opaca la pantalla.

—No son ellos —dijo.

—¿Quiénes?

—Los de la banda. Es imposible que hayan preparado la huida a esa velocidad.

—¿Entonces?

—No sé. Es posible que el robo de la astronave tenga algo que ver con el asunto que nos ocupa. De todos modos, en cuanto recibamos detalles del espacio radar, tú, Moore, saldrás detrás de ellos.

—Bien.

Volvió a iluminarse el visófono.

—¿Qué ocurre? —inquirió Donald a la imagen de la secretaria que había comunicado.

—El señor Kaberson desea verle, señor.

—Hágale pasar.

William Kaberson era un hombre alto, impecablemente vestido, con los cabellos plateados y el rostro cetrino; de todos modos, el color de la piel se había aclarado en su cara que era un tanto pálida.

Estrechó la mano de Callowan y éste le presentó a sus ayudantes; luego lo invitó:

—Siéntese, señor Kaberson.

El plutócrata lo hizo, encendiendo después el cigarrillo que el jefe de la SIP le ofreció.

—He conocido su presencia aquí —dijo— por medio del jefe de la policía. Y no. sabe cuánto me alegro de que se halle usted en San Francisco en estos momentos.

—Estoy a su disposición.

—No quiero hacerle perder su precioso tiempo, señor Callowan; sólo deseo hacerle saber, aunque usted se dará perfectamente cuenta, la catástrofe que significa para nosotros la desaparición de nuestros dos protagonistas.

—Lo comprendo.

—Las cifras se lo harán entender mejor —dijo el hombre de negocios—. Cada día de paro nos cuesta trescientos mil dólares. Y tengo empeñados más de mil millones en esta superproducción.

—Los encontraremos, señor Kaberson.

—Pero necesito que sea cuanto antes. No me importa ofrecer el premio que usted mismo fije porque los hallen en seguida.

—No pedimos dinero, amigo mío.

—Pero yo lo ofrezco. Puede decir usted al agente que logre encontrar a esas dos personas que le daré un millón de dólares si lo hace antes de doce horas, quinientos mil si tarda doce horas más y cien mil menos cada día que tarde.

Donald no pudo evitar una sonrisa.

—Así lo haré, señor. Todas las carreteras y vías aéreas de California están tomadas por la policía. No podrán salir del estado.

—Bien —se puso en pie—. Dejo el asunto en sus manos. Buenos días, señores.

Moore le acompañó hasta la puerta.

Luego, al volver junto a la mesa del jefe, comentó:

—¡Vaya premio, ¿eh?!

—Esos hombres creen que todo se consigue a base de dólares —dijo Callowan—. ¡Bah, todos son lo mismo!

Y después de una pausa dijo:

—Hay que lanzarse a la calle y buscar a los artistas sea como sea. La policía colaborará con nosotros y se hará una investigación a fondo. Tú, Sam, no te moverás de aquí. En cuanto tengamos noticias de la astronave, tomarás otra y saldrán en busca de esos misteriosos que han huido.

—Bien.

Al salir del despacho, detrás de Callowan, King no pudo por menos de guiñar un ojo a su amigo.

—¡No te preocupes, hermano! —dijo—. Ya me ocuparé de Anna, y al mismo tiempo, procuraré que ese millón de dólares ingrese en mi cuenta... ¡Te invitaré a la boda!

Moore lanzó un gruñido de desaprobación.

* * *

Todd fumaba con los ojos entornados; pero no era el humo que le molestaba: su irritación tenía otro origen.

Se volvió hacia Barker.

—¿Comprendes en qué situación estamos ahora? Sin aparato, por mucho que saquemos por esos dos artistas, nuestra gallina de los huevos de oro se habrá acabado.

—¿Me culpas a mí?

—En cierto modo, sí. Tú eres el único que estaba en contacto con él y quien me aseguró que con aquellos polvos Fred seguiría embrutecido.

—Yo también lo creía.

—Si hubiese sospechado que no iba a ocurrir así, hubiera matado a ese Hallowell el primer día que vino con nosotros. ¿De qué nos ha servido hacerle creer que nos era necesario?

—¡Bueno! —se exasperó el otro—. ¡No hay para tanto! En cuanto liquidemos el asunto con el productor, iremos en busca de ese loco.

—¿Dónde? Porque no irás a decirme que sabes dónde ha ido.

—¡Naturalmente que lo sé! Venus está ocupado por los militares y no creo que Fred Hallowell se atreva a ir allá. No puede dirigirse más que a Marte.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Tengo un amigo que tiene una astronave estupenda y que, pagándole bien, se pondrá a nuestra disposición. Cazaremos a Fred y recuperaremos el aparato.

—Ése es mi mayor deseo. Sin el «televibrator», todos nuestros esfuerzos habrán sido inútiles. ¿No te das cuenta del maravilloso negocio que hicimos en Rock City? ¿Y éste de Hollywood?

—Ya sé que no podemos desprendernos del aparato: con él podemos ganar una fortuna colosal, sin él no haríamos nada.

Hubo una pausa; después dijo:

—En cuanto a las instrucciones que «él» me dio, estoy completamente seguro de que no eran falsas ni erróneas. Lo que sucede es que nos hemos olvidado estúpidamente de un factor importantísimo.

—¿Cuál?

—Marilyn.

—¿Tú crees que...?

—¡Estoy completamente seguro! Recuerdo perfectamente que me dijiste que había hecho un gesto raro cuando le entregaste el «whisky» en el que acababas, delante de ella, de poner los polvos. ¿No es verdad?

Todd asintió.

— ¡Tienes razón, Leo! Esa víbora nos ha engañado... no debió de dar el «whisky» a Hallowell.

—Evidentemente.

—¡Algún día le pondré la mano encima! Entonces...

—No te preocupes, ya los cogeremos a los dos.

—Pero ella pagará su traición. ¡Y pensar que la trataba como a una hermana! Cuando se unió a nosotros, después de que la encontré en Boston, le propuse casarse conmigo. Y la muy puerca supo engatusarme, diciéndome que no seríamos felices si no nos casábamos por amor. ¡Ahora lo comprendo! Esperaba la oportunidad para enriquecerse a nuestra costa. Con ese Fred de todos los demonios y el aparato, se creará que va a convertirse en multimillonaria, sin tener que partir beneficios con nadie.

Barker sonrió.

—Me divierte oírte, David: piensas como un niño.

—¿Qué quieres decir?

—Que Marilyn no lleva esos propósitos, ni mucho menos.

—¿Entonces?

—Lo que ha ocurrido es que se ha enamorado de Fred. Ese muchacho es incapaz de utilizar el aparato para nada: se limitará, si le dejamos, a devolverlo al Centro.

— ¡Vaya gracia!

—Por eso tenemos que evitarlo, sea como sea. Me extraña que no haya llamado...

Justamente, en aquel momento y cortándole la frase, sonó el timbre de la puerta.

Todd fue a abrir.

Momentos después volvía, precediendo a Kalb, cuyo rostro expresaba alegría.

—¿Ha salido todo bien? —inquirió Leo.

—¡A pedir de boca! Ese tipo no confiaba, como tu dijiste, en la policía.

—¿Te recibió en seguida?

Si Le hablé claro, diciéndole que perdía el tiempo buscando a los artistas. Y cuando se dio cuenta de que estaba diciéndole la verdad y que éramos nosotros los que los habíamos raptado, se puso inmediatamente a tiro.

—¿De acuerdo por el dinero?

—De acuerdo. Al principio frunció el entrecejo cuando le dije que la broma iba a costarle cien millones; pero después, al notar que yo no estaba dispuesto a rebajarle ni un centavo, dijo que estaba de acuerdo y que entregará el dinero de la manera que yo le ordené.

—Perfecto. Tú mismo, con la furgoneta grande, puedes hacer toda la operación. En cuanto tengas la pasta, te vas al espaciódromo de San Carmelo. ¿Sabes dónde está?

—Sí.

—No pierdas mucho tiempo. Te esperaremos allí y vendrás con nosotros en busca del aparato.

—Ya me han dicho abajo que ese perro de Fred se había largado con él y con la chica.

—También ella tiene la culpa —intervino Todd.

—Le arreglaremos las cuentas —repuso Emil.

—Bien —resumió Leo—. Ya sabes lo que tienes que hacer. ¿Le has dicho a Kaberson que perderá el tiempo si llama a la policía?

—No lo hará. Nunca ha confiado en ella; aunque...

—¿Aunque qué?

—Me dijo que había hablado con el jefe de la SIP.

—¿Callowan en San Francisco?

—Eso parece.

Leo palideció un tanto, pero se rehízo rápidamente.

—Habremos de obrar con cautela y aprisa. Una vez hayamos salido de la Tierra, todo irá de perilla. En Marte no hay más que algunos grupos de buscadores de uranio y esa pareja tendrá que arreglárselas sola. Lo que hay que impedir es que Callowan se entere.

—¿Podremos conseguirlo?

—Sí. Cuando salgamos, esta noche, con la astronave, diremos a mi amigo que comunique a los puestos de control y a los satélites de observación que vamos hacia Venus. Eso despistará a la SIP. ¡En marcha, Kalb!

CAPÍTULO VIII



ENETRÓ Willis King en el despacho, quitándose el sombrero y acercándose a la mesa tras la que trabajaba Callowan.

Antes de hablar —estaba convencido de que su jefe le había visto, pero Donald no había levantado la cabeza—, echó una ojeada al mapa que Callowan tenía ante sí y vio que se trataba del establecimiento, dentro del país, de los espaciódromos.

Finalmente, Donald levantó la vista.

—¿Qué hay, muchacho?

—Sam ha salido hace una hora en persecución de la astronave robada.

—¿Qué rumbo llevaba?

—Marte.

—Ya lo decía yo. ¿Y la chica?

—Sigue en el hotel, sin moverse. La he visto desde la ventana de la habitación de enfrente; parece muy nerviosa.

—Es natural. Esperaba noticias, pero se olvidó de que era imposible que se las dieran, ya que no había remitente en la tarjeta que la enviaron. Su hermano no sabía, cuando marchó, que ella estaba en San Francisco.

—¿Cree usted entonces que ha sido Fred quien robó el astrocohetete?

—Seguro. He estudiado el asunto, desde que hicieron funcionar el «televibrator» sobre Hollywood. Todo el mundo recuerda y así ha informado a la policía, haber sentido el vuelo de un helicóptero sobre el estudio cuando se estaba filmando la escena que fue interrumpida por las vibraciones. Y en ese helicóptero, amigo Willis, iba Fred y seguramente una persona que estaba de acuerdo con él para huir.

—¿Una persona...?

—Claro. Alguien de la banda. A Fred le encomendaron el manejo del aparato, pero debía de ir vigilado por alguien. Y ese alguien no podía ser más que una mujer.

King miró con asombro a su jefe.

—No sé cómo ha llegado a esa conclusión —dijo.

—Sencillo. Ninguno de los de la banda, y hablo de los hombres, podía cometer el error de huir con Fred, sobre todo cuando las cosas les iban tan bien. Sólo una mujer es capaz de olvidar el dinero que va a repartirse y seguir al hombre del que se ha enamorado. Además, estoy seguro de que Fred le ha hablado claramente, diciéndole que su deseo es el devolver el aparato al Center.

—¿Y para eso se ha ido a Marte?

—Compréndelo, Willis. Fred sigue creyéndose culpable, a pesar de que debe de haber cambiado mucho. Y desea hacer las cosas lo mejor posible; es decir: devolver el «televibrator» y, si le dejan, vivir un poco la felicidad que ha encontrado en esa mujer. Desde Marte, por medio de la radio de alguno de los puestos de pioneros, puede comunicarse con la Tierra y entregar el aparato con ciertas condiciones. Él espera que le perdonemos y olvidemos sus errores.

—¡Pero eso es imposible! Después de todo, fue él quien informó a la banda de la existencia del «televibrator» y de la manera de apoderarse de él. Indirectamente, Hallowell es responsable de la muerte de aquellos dos pobres conductores del camión y de los que murieron de accidente en Rock City.

Donald guardó silencio; después, como si hablase consigo mismo comentó:

Ésa ha sido mi lucha durante toda mi vida. Concretar la responsabilidad de cada uno. Aparentemente, Fred es culpable de todo lo que acabas de decir; sin embargo, desde un principio, cuando conocí el asunto, tuve confianza en él.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no veía las cosas claras.

—¡Palabra de honor que no le entiendo!

—Pues es sencillísimo...

El visófono le interrumpió.

La imagen de la secretaria apareció en la pantalla.

—¿Qué hay? —inquirió Donald.

—El señor Patchen —dijo la muchacha—. Dice que le ha llamado usted.

—Así es. Hágale subir.

—Bien. También ha habido una comunicación de los Estudios «Mondial», señor Callowan.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Puedo leérsela?

—Sí.

Se vio que la muchacha cogía una nota sobre la mesa; luego leyó:

Agradecemos sinceramente a la SIP todos los esfuerzos realizados para hallar a los artistas desaparecidos de los Estudios. Estos artistas están ya con nosotros y se han reintegrado al trabajo. Firmado: KABERSON.

—Eso es todo, señor.

—Muchas gracias. Diga al profesor que suba.

—Sí.

Donald cortó la comunicación y volviéndose a Willis, dijo:

—¿Te has dado cuenta? ¡Ese idiota de Kaberson ha pagado lo que le pedían, entendiéndose directamente con la banda, en vez de avisarnos!

—¡Es increíble!

Callowan sonrió, despectivamente.

—Contaba con ello, pero me desagrada que esa gente crea que todo puede arreglarse con dinero. ¡Esos productores de cine son insufribles!

—Entonces, ¿quiere decir que sabía que iba a ocurrir?

—Sí. Y hasta hubiera podido intervenir, evitando que se pagase a esos granujas; pero, en realidad, no hubiera conseguido nada positivo, ya que a lo más habría echado el guante a uno de la banda, dejando a los más importantes fuera de mi alcance. Contaba con que Kaberson se ocupase directamente, pagando una suma astronómica, de hacer que Lauren Mac Dear y Beth Talmer volviesen al plato: eso es lo único que le interesa.

»Pero, sin saberlo, ha hecho mi juego, ya que deja a la banda en libertad de acción, una vez solucionado favorablemente el asunto de la «Mondial» para ellos. Por algo estoy pendiente de las salidas de todos los espaciódromos.

—¿Cree que saldrán de la Tierra?

—Casi estoy completamente seguro. Ellos no pueden dejar que Fred se lleve el dichoso aparato así como así.

—¿Y no podría usted detenerlos cuando vayan a despegar?

—Podría hacerlo, pero me costaría una movilización grandísima de fuerzas. Ya sabes que, además de los espaciódromos oficiales, hay, desde la promulgación de la Ley sobre la libertad de los viajes espaciales, espaciódromos particulares. Hay muchísimos, ya que los propietarios de astronaves suelen hacer viajes cortos, a Marte o la Luna, con sus amigos. Interrumpir el tráfico total sería contraproducente, ya que el público ignora que un arma secreta ha sido robada. Es mejor saber cuándo saldrán y seguirles.

La estupefacción se pintó en el rostro de Willis.

—¡Pero eso es imposible, jefe!

Donald frunció el ceño. No le gustaba que le llamaran «jefe»; pero, en aquella ocasión, se lo permitió al joven.

—¿Por qué?

—Porque hay docenas de astronaves que salen de la Tierra cada día. Y, aunque no hubiese más que media, ¿cómo sabría usted cuál es la que se lleva a la banda?

—¿Conoces la «uromicina»?

—No.

—Es una sustancia completamente inocua, pero tremendamente radiactiva. Sus radiaciones atraviesan los cuerpos y se esparcen en el espacio, casi siempre en línea recta. Un filtro «K» en las pantallas de telerradar es capaz de descubrir la existencia de estas radiaciones. .

—Sigo sin comprender.

—Pues vas a entenderlo en seguida. Antes te he hablado de Kaberson y de la cabezonería de los productores de cine, que sólo se interesan por defender sus asuntos particulares y a los que importa poco que el resto del mundo se hunda.

—En eso estoy de acuerdo.

—Después de la visita de ayer, que nos hizo William Kaberson, yo fui a los estudios y charlé largamente con él. Quise convencerle de que me comunicase lo que la banda le diría para pagar el rescate de los artistas; pero se negó en redondo. Me habló de la película, de la catástrofe que se iba a producir si no se continuaba el rodaje; en fin, me llenó la cabeza de cifras, de secuencias, de contratos, de planos...

»Comprendí en seguida que no tenía nada que hacer. Claro que, a las malas y llamando a Washington, yo podía haber conseguido lo que deseaba; pero mirándolo bien, como te dije antes, no hubiera logrado más que detener al tipo que fuese en busca del dinero y llevase a los artistas con él. Era una victoria, indudablemente, pero el nudo gordiano del problema quedaba intacto, ya que los principales miembros de la banda se nos escapaban de nuevo.

—Está claro.

—Entonces, después de demostrar a Kaberson que podía darle un disgusto, ya que el Congreso podía autorizarme incluso a detenerlo por complicidad indirecta respecto a un asunto de Defensa Nacional, llegué a conseguir que me hiciese un favor. Y tuvo que ceder. Así, de esta forma, preparamos dos millones de dólares, en billetes, que los técnicos trataron con «uromicina», un derivado inocuo del uranio. Yo no sabía qué cantidad iban a pedir los raptos; pero, de todas las maneras, los dos millones serían entregados. Y así ha sido.

»En este momento, todos los dispositivos de «telerradar» están dotados de filtro «K» y verán la emisión de radiaciones en cuanto los bandidos intenten salir de la Tierra.

—¿Y si dejan el dinero aquí?

—No importa —sonrió—, aunque según parece, lo que tú quieres es que me coja el toro de todas formas. Si han contado el dinero, cosa de la que no dudo, el polvo de «uromicina» les habrá penetrado en la piel, en mayor o menor cantidad y los detectores lo verán del mismo modo. ¿Satisfecho?

Willis sonrió.

—¡Es estupendo, señor!

E» aquel memento, llamaron a la puerta.

—Debe ser el profesor. Hazlo pasar.

Ben Patchen saludó afectuosamente a los dos hombres, tomando después asiento donde Donald le indicó.

Al ver que Callowan encendía un habano, King no pudo evitar una sonrisa y Donald, que se dio cuenta, se volvió hacia el físico.

—¿Sabe usted por qué sonrío mi agente?

—No.

—Lo hace porque me ha visto encender un habano.

—Sigo sin entender.

—Es muy sencillo. Todos mis agentes saben que yo no enciendo un cigarro a menos de que las cosas que nos preocupan en ese momento vayan bien o esté dispuesto a darles una pequeña sorpresa —sonrió—. Adoro las sorpresas, profesor.

—Es interesante.

—Más de lo que usted puede imaginarse. Mi oficio tiene eso de maravilloso: en ningún otro sitio aprendería uno lo que aquí aprendemos sobre la compleja naturaleza humana, Sólo nosotros podemos saborear el placer de descubrir las combinaciones enrevesadas que muchos hombres hacen para triunfar, de una manera ilegal, en la vida.

El profesor asintió:

—Sí, es interesante.

—¡Apasionante, profesor! Voy a contarle algo que le demostraré lo que acabo de decir... Un hombre, al que yo conozco, ocupando una posición envidiable y con una categoría profesional grande, sintió nacer en él una ambición enfermiza, un deseo de convertirse en alguien poderoso, inmensamente rico, sin pensar que muchos ricos hubieran dado cuanto poseían por ocupar un lugar como el suyo.

»Pero la vida es así.

»Nuestro hombre manejaba asuntos secretos y se dijo que tenía que esperar que uno de aquellos asuntos pudiese producirle lo que deseaba. Desde luego y ya antes, había establecido relaciones con algunos granujas que estaban dispuestos a ayudarle.

»Pero lo peor de todo no es eso.

»Lejos del lugar donde trabajaba, en una hermosa universidad americana, ese hombre tenía un hijo: un muchacho que había heredado, centuplicadas, todas las buenas cosas que poseía su padre. Era, pues, más inteligente y audaz que él. Todo hubiera sido estupendo si el padre, olvidando sus más sagrados deberes, no hubiera inoculado su maldita ambición en el corazón del hijo, envenenándolo para siempre.

»De esa manera, el hijo fue preparándose, adquiriendo conocimientos para utilizarlos un día en cosas malas. El padre había torcido criminalmente la inteligencia de aquel muchacho, obligándole a convertirse en un criminal en potencia.

»Mucho después, el hombre en cuestión creyó llegado el momento de apoderarse de uno de los secretos de la nación, ya que vio en ello la posibilidad de enriquecerse. Pero el problema mayor era que él, persona responsable ante su país, no podía hacer las cosas de manera a que pudieran sospechar de su persona. Y no dudando en arrastrar a otro, sobre el que cayesen las culpas, se mostró decidido a perder a otro hombre.

»Su ayudante le pareció la persona indicada. Justamente, su hijo acababa de descubrir, en una de sus múltiples experiencias, una sustancia capaz de anular la voluntad de una persona y, además, de atarla a un vicio de una manera tremenda. Se trataba de una droga no conocida, extraída de ciertos residuos industriales.

»Una invitación amistosa y un poco de esa sustancia en un vaso de «whisky»: el mal estaba hecho. A partir de aquel momento, el desdichado joven no podía separarse del alcohol y empezó a beber de una manera horrible. Para evitar que los efectos de la droga desapareciesen, y con ella el vicio, el hombre del que hablamos cerraba los ojos ante ciertos detalles y dejaba, por ejemplo, que su ayudante trajese una botella escondida, cuando no se la procuraba él mismo. Un poco de sustancia en la botella mantenía el horrible círculo cerrado.

»El joven estaba perdido.

»El plan estaba completamente montado y no faltaba más que ponerlo en marcha. Así, despidiendo brutalmente al ayudante, el hombre hizo que su desesperación llegase al máximo. Por otro parte, avisó a los miembros de la banda para que se apoderasen de aquel desgraciado, que no les servía para nada, pues ya conocían los detalles

que necesitaban para robar el arma secreta.

»Pero había que hacer las cosas bien y, sobre todo, convencer al pobre joven de que había sido él quien entregó el secreto a la banda. Por eso lo conservaron y hasta dejaron que la emplease, procurándole whisky y la sustancia.

»Si las cosas iban mal, el joven pagaría las culpas, ya que su responsabilidad era la mayor. Y el hombre que le había perdido podría gozar, en la sombra, de las riquezas que tan maquiavélico plan le había procurado.

Durante la larga perorata de Callowan, Willis no dejó de mirar, ora a su jefe, ora al profesor, sintiendo que la luz se hacía en su mente.

Patchen había palidecido un poco.

—Muy ingeniosa su historia, señor Callowan. Pero, en nuestro país, hacen falta pruebas.

—Tengo algunas, amigo mío. En la casa que la banda abandonó en Washington fue donde descubrí, además de huellas, un libro escolar de la universidad a nombre de Leo Patchen. Investigando después, supe que el joven había desaparecido. Y al comparar las huellas dactilares de su expediente en la Universidad y las que encontramos en la casa, me di cuenta de que eran las mismas.

»Seguro que Leo Patchen habrá cambiado de nombre, pero sigue siendo su hijo, profesor.

—No son pruebas suficientes.

—Ya veremos. También encontramos una caja con polvos, que los técnicos analizaron y ensayaron, descubriendo que se trataba de una droga que hacía hábito de alcoholismo, interviniendo al mismo tiempo en la reducción de la voluntad.

—Nada de eso me complica.

—Es verdad; pero aún queda algo: dos aeronaves del Ejército están dispuestas a disparar contra otra, que usted conoce muy bien, y que va a salir de un momento a otro en busca de Fred y del aparato que se ha llevado. Esa aeronave será reducida a átomos a menos de que yo dé orden de que no disparen contra ella.

El rostro del profesor se puso blanco.

—¡No! —gritó— ¡Mi hijo va en ella! ¡No quiero que muera!

—Entonces... ¿hará una declaración en forma?

El otro bajó la cabeza.

—Si.

—Acompáñalo a la sala de interrogaciones, King. Y vuelve en seguida.

—Bien.

Apenas hablan salido cuando el visófono se iluminó, apareciendo en la pantalla el rostro de un oficial del servicio de astroinvestigación.

—¿Señor Callowan?

—Si.

—La astronave con trazo de «uromicina» ha salido de la atmósfera y se dirige a Marte, señor.

—Muchas gracias. ¿Quiere decir que preparen la USA-05?

—Inmediatamente, señor.

—Gracias.

CAPÍTULO IX



AM hizo funcionar el telerradar; luego, fijándose en las cifras que marcaban el círculo dijo en voz alta:

—Me llevan dos mil millas de ventaja,

Marte se veía ya, dominando el horizonte visible, como una masa enorme que no cesaba de agrandarse.

Sin dejar de tener conectado el telerradar, Moore conectó el piloto automático, de manera a no separarse ni un solo instante de la trayectoria que seguía la astronave que le precedía.

Dos horas más tarde, hubo de poner en marcha los dispositivos de aterrizaje, descubriendo también que el lugar que habían elegido los otros para posarse en la superficie marciana era una zona desértica, bastante apartada de los campamentos donde trabajaban los grupos de pioneros para la prospección de uranio.

Se desvió un poco, en última instancia, aterrizando finalmente a un par de kilómetros de la otra astronave. Una vez sobre el suelo marciano, se colocó el traje espacial, sacó sus armas y saltó fuera de la nave del espacio.

Tenía que obrar con cuidado y estaba dispuesto a hacerlo, sin herir a nadie gravemente, ya que recordaba el mensaje que Callowan le había hecho enviar, en clave, cuando navegaba en el espacio:

La astronave que te precede lleva a Fred Hollowell y a una mujer: ambos son inocentes. Es muy posible que el resto de la banda te siga, ya que han tomado rumbo a Marte. Nosotros9 en la "U8A-65", salimos dentro de vacos minutos. Mucho cuidado. Donald.

Así que su objetivo era apoderarse del aparato, ya que no se hacía ilusiones respecto a convencer a Fred de su inocencia.

Haría perder el tiempo.

Avanzó con cuidado, acercándose lo más posible a la astronave de los otros que, indudablemente, debían haberle visto aterrizar. La prueba la tuvo poco después, cuando avanzó demasiado, y unas balas silbaron furiosamente a su alrededor.

—¡Son un par de idiotas! —exclamó retrocediendo.

La noche llegó mucho antes de lo que esperaba y tuvo que regular su traje espacial, haciendo funcionar el termógeno para evitar helarse en aquel inhóspito desierto.

Hacia medianoche, oyó el ruido de otra astronave que posaba no muy lejos de la suya. Y seguro de que se trataba de la ocupada por la banda, se alejó, yendo a refugiarse, después de tomar algunas provisiones de boca y un par de cantimploras, a unas rocas vecinas.

* * *

Nada más se posó la astronave en el suelo de Marte, Leo Barker (en realidad Leo Patchen) se reunió con los demás, en el salón de proa.

Llevaba una especie de aparato fotográfico en la mano.

—Estamos —dijo sonriendo— entre dos astronaves. El radar las ha señalado en la oscuridad, pero no ha podido decirnos cuál es la que ocupan Fred y Marilyn y quién es, sobre todo, quien va en la otra. Aunque es casi seguro que se trata de alguien de la SIP.

Todos escuchaban en silencio.

—No quiero que penséis aquí que la presencia de la SIP va a intimidarnos. Estamos en Marte y sólo la inteligencia puede oponerse aquí a la inteligencia. En ese aspecto, nosotros llevamos ventaja sobre ellos como voy a demostrároslo en seguida

»¿Veis este aparato?

»Es un emisor-receptor de rayos infrarrojos, sensibles al calor. Toda fuente calorífica es detectada por este aparato. Ahora bien, una vez una astronave se ha detenido, sus reactores se apagan y el calor desaparece de ella, aunque quedan los centros de aclimatación interiores. Determinarlos es sencillo; pero, incluso dentro de una astronave con calefacción, este aparato puede determinar fuentes de calor distintas; es decir, cuerpos humanos. En el exterior de la astronave, el asunto es muchísimo más sencillo, ya que los termógenos de los trajes espaciales nos hacen descubrir a los que los llevan. Voy a probar, lo que he dicho. Seguidme.

Subieron todos a la torreta y Leo se colocó el aparato como si fuese a sacar una fotografía; en realidad, se limitaba a mirar por el visor, que dirigió hacia la oscuridad de la noche, que les envolvía por completo.

Se detuvo de pronto.

—Ahí hay una astronave con su sistema de calefacción, pero no hay nadie dentro. Busquemos a los ocupantes.

Siguió mirando y de repente sonrió.

—No hay más que uno y está escondido por aquella parte. Veamos otra cosa.

Abandonando su aparato, manejó el radar con una habilidad sorprendente.

—Lo que me imaginaba —dijo, al cabo de unos instantes—: el ocupante de esa astronave, que será seguramente un policía de la SIP, está escondido detrás de un montón de rocas... ¡Pobre imbécil!

Volvió a coger el aparato de rayos infrarrojos y siguió mirando.

—Aquí tenemos la otra astronave. También tiene encendida la calefacción, pero sus dos ocupantes, Marilyn y Fred; están dentro.

Sonrió mirando a sus hombres.

—Ya os daréis cuenta de que estamos ventajosamente dotados al lado de ellos; pero eso no es todo. Venid.

Les hizo bajar a la parte inferior, a las bodegas de la astronave, cuya puerta abrió con una llave que llevaba en el bolsillo. Luego encendió la luz.

Los hombres lanzaron algunas exclamaciones de asombro.

Cinco robots de cuerpos monstruosos estaban allí.

—He aquí a nuestros aliados —dijo Leo—. Gracias a ellos; vaciamos Rock City de su dinero y sus joyas y nos llevamos a los artistas de la «Mondial». Habréis comprendido que nadie podía entrar en la zona; afectada por las radiaciones del «televibrator». Por eso construí estos robots, que vosotros no habíais visto hasta ahora porque yo os ordené alejaros de los camiones donde ellos cargaron el dinero y a los artistas. Ahora ya no importa que los conozcáis, ya que van a ser vuestros compañeros de lucha.

La admiración se leía en todos los rostros.

—Ellos —siguió diciendo Leo— nos ayudarán y se reirán si Fred desea emplear su aparato, que con los robots no le servirá para nada. ¿Qué os parece?

—¡Formidable!

—nuestra ofensiva va a empezar ahora mismo. Dos de estos robots se encargarán de traernos a la pareja feliz y otros dos nos traerán al policía. Necesitamos tener rehenes para poder regresar tranquilamente a la Tierra. Es natural que no volvamos a los Estados Unidos, al menos por el momento, Hay países que estarán encantados de recibirnos. ¿De acuerdo?

—¡Viva nuestro jefe!

— ¡Viva!

Pocos minutos después, los robots salían silenciosamente de la astronave, dividiéndose en dos grupos.

Moore sacó el pequeño «radar» que llevaba en el bolsillo. Era del tamaño de un reloj y como él tenía una esfera. La mitad de su masa estaba destinada al emisor y el resto al receptor.

Lo tenía orientado hacia la astronave que había llegado momentos antes, aunque no esperaba que se produjese nada antes del día.

«Con esos sí que tendré que andarme con cuidado— se dijo—. Pronto sonarán los tiros y no dispararemos si no es a dar...»

Temía que aquellos canallas matasen a Fred y a la muchacha antes de que Callowan llegase con refuerzos. Si el jefe de la SIP conseguía llegar antes de que fuese demasiado tarde, quizá podrían salir victoriosos; pero si tardaba demasiado...

Dos puntos brillaron en la esfera del aparato.

Frunció el ceño.

¿Era posible que no esperasen la llegada del día para atacar? Además... ¿cómo era posible que le hubiesen descubierto? El radar no determinaría más que la masa de piedras. ¿Cómo sabían que estaba allí?

Se sintió inquieto.

Los dos puntos iban aumentando de tamaño en la esfera, lo que decía claramente que venían hacia él, sin confusión ni duda posible.

Alargó la diestra, apoderándose del rifle.

Colocando después el aparato en una ranura del arma, de forma que le sirviese para disparar en la oscuridad, Moore apuntó cuidadosamente al más cercano de sus enemigos. Todavía no comprendía cómo se habían arreglado los de la banda para descubrirle tan pronto; pero, después de todo, matando a un par de ellos iba a disminuir las fuerzas f enemigas.

Y eso era lo que importaba.

Miró con atención el sitio que la mancha luminosa ocupaba en la esfera, deduciendo inmediatamente que su enemigo debía hallarse a unos treinta metros.

Apretó el gatillo.

Una llamarada rojiza brotó del cañón, prolongándose un par de metros. El estampido resonó lúgubrementemente, repetido por el eco de las rocas.

Pero la luz siguió allí, sin variación alguna, aumentando de tamaño, como si nada hubiese pasado.

Disparó de nuevo.

Después, dándose cuenta de que ocurría algo raro, ya que si se tratase de hombres estarían ya fuera de combate, sintió que un

escalofrío le recorría la espalda y abandonando las rocas, corrió, huyendo del misterioso peligro que se acercaba, inexorable, como una máquina.

Por desgracia, en el apresuramiento se dejó los víveres y el agua en el lugar donde había estado oculto.

* * *

Con los ojos fijos en la pantalla de radar, Fred dijo sin volverse:

—No me fío, querida. Tendremos que estar vigilando toda la noche.

—Como tú quieras; pero ¿crees que se trata de ellos?

—Seguro. Ahora me arrepiento de haberte metido en esta aventura. Debí haber huido solo.

Ella protestó:

—¡No digas eso!

Y después de una pausa preguntó:

—¿Quién crees que era el otro, Fred?

—Un policía.

—¿Estás seguro?

—Sí. Y maldigo el momento en que no me entregué a él. Ahora, por lo menos, nos protegería.

—Si estaba solo, como me pareció cuando disparamos contra él, sin tirar a dar, no creo que hubiese podido hacer mucho por nosotros.

Fred se mordió los labios.

—¡Tampoco lo harán éstos! Porque estoy dispuesto a utilizar el aparato en cuanto intenten acercarse a la astronave.

—No podrán con nosotros, Fred.

El joven sonrió.

—Me he portado como un cobarde, Marilyn... Debí haber dirigido el helicóptero hacia la policía y haberme entregado. Pero no quería que te pasase nada a ti y además, y esa es la verdad, tampoco deseaba separarme de ti.

—Hiciste bien, Fred.

Callaron durante un rato cada uno hundido en sus propias reflexiones.

De repente exclamó:

—¡Ya vienen, pequeña!

Ella miró a la pantalla, viendo los dos puntos luminosos que acababan de aparecer.

—Son sólo dos.

—Sí, ya lo veo; pero es igual. Yo voy a subir a la torreta y les enfocaré con el «televibrator» en cuanto se acerquen un poco más. Tú quédate aquí, querida. Me irás diciendo lo que pasa.

—De acuerdo.

Fred cogió la maleta y subió a la torreta. Desde allí, esperó a que la muchacha le fuese cantando las distancias.

—Ochocientos metros —dijo ella.

—Todavía es pronto —repuso el joven—. La altura de la torreta es pequeña y necesito que se acerquen más.

—Seiscientos metros —dijo la muchacha, al cabo de unos minutos.

Tuvo que esperar quince para que ella dijese doscientos. Entonces, enfocando aproximadamente la zona que había reflejado el radar, oprimió el botón.

—¡Ya está! —exclamó, esperando la confirmación de la joven que vería inmovilizarse las manchas luminosas de la pantalla.

Pero, al cabo de unos segundos, la voz de la joven llegó hasta él, repleta de angustia.

— ¡Siguen avanzando, Fred!

La sangre se heló en las venas del joven.

Recordó entonces lo ocurrido en los dos casos en que había empleado el aparato, llegando a la conclusión de que el maquiavélico Leo debía utilizar máquinas para penetrar en la zona afectada por las vibraciones.

—¡Robots! —exclamó aterrado.

Y bajó junto a la muchacha.

—No son hombres, querida: son robots.

—¿Y qué vamos a hacer?

—No lo sé, aunque no creo que podamos hacer mucho.

Estaba furioso, sintiéndose acorralado; pero, de repente, tuvo una idea que, en medio de su tristeza, le hizo sonreír.

—¡Espera, un momento, querida!

Tardó cinco minutos en volver, cerrando la portezuela de emergencia tras él.

Se quitó la capucha de plástico del traje espacial.

—Ahora no nos queda más que esperar nuestra suerte.

En aquel momento, golpearon la puerta de la astronave y momentos después se dejó oír el rugido del soplete que estaba abriendo un agujero en el revestimiento metálico del aparato.

Estaban perdidos.

En efecto, poco después los dos monstruosos robots entraban en el

salón.

—¡Qué horror! —exclamó ella.

Uno de los hombres mecánicos lanzó una carcajada,

¡Y aquella voz era la de Leo!

—«No temas nada, Marilyn. Quedaos aquí hasta que se haga de día. Nosotros iremos a haceros una visita. Mis dos amigos, esos que tenéis delante, cuidarán de vosotros como unos padres...»

Y la carcajada resonó de nuevo.

Sin dejar de correr, Moore sentía que sus perseguidores habían aumentado su velocidad.

Estaba amaneciendo...

Poco después, cuando la claridad fue suficiente, se volvió, casi completamente agotado, viendo que sus sospechas eran reales y que los que le perseguían eran dos monstruosos robots en los que la fatiga no aparecería jamás.

Se había percatado ya que abandonó, sin darse cuenta, los víveres y el agua.

Pero poco podía importarle.

Sabía que estaba perdido y lo único que le hacía rabiar era no haber podido luchar contra hombres en vez de contra máquinas.

Se dejó caer de rodillas, incapaz de avanzar un paso más.

El sol, mucho más pequeño que el visible desde la Tierra, salía ya por la línea pálida del horizonte. Y detrás de los robots, dibujaba siniestramente sus macizas siluetas.

Todo dependía, naturalmente, de las instrucciones que aquellas máquinas hubiesen recibido.

Estaban a veinte metros.

A diez.

Comprendió, al verlas de tan cerca, que los disparos de un rifle normal no podían hacerles más daño que el que sus dos balas les habían causado: unas abolladuras sin importancia:

Los dos robots se detuvieron, junto a él, dominándole con su altura imponente.

Había llegado el momento.

¡Súbitamente, una voz salió de uno de los hombres mecánicos.

—¿Para qué te has cansado tanto, imbécil?

—¿Quién eres?

—¿Y eso qué importa ahora? Fred y la chica están ya en mi astronave. Como ves, has perdido el tiempo.

—Lo se.

—Pero aún puedes salvarte.

Moore frunció el entrecejo; luego sonrió.

—Eres muy amable. ¿Qué clase de traición quieres que haga?

—Ninguna traición. Fred me ha dicho que te entregó el «televibrator». Dime dónde lo has escondido y te dejo con vida. Uno de mis robots te llevará en brazos hasta tu astronave.

—¿Y no le dirás que apriete los brazos mucho, un poco más de lo normal?

—¡No seas estúpido y contesta a mi pregunta! ¿Dónde lo has escondido?

Sam se dio cuenta de que Fred había jugado una buena carta antes de rendirse.

Y se sintió orgulloso por aquel muchacho.

—Lo he olvidado —dijo, con una sonrisa de desprecio.

—Creí que eras más inteligente. Mis robots lo buscarán y lo encontrarán antes de que se acabe el día. Sólo quería ganar tiempo. Pero, en vista de que quieres morir, voy a complacerte.

La voz se calló, y Sam vio que los robots avanzaban sus monstruosas manos, dotadas de pinzas, hacia él.

Se estremeció.

Pero, en aquel momento, como si algo se hubiese roto dentro de los hombres máquinas, éstos retrocedieron, tambaleándose, para acabar desplomándose pesadamente en el suelo marciano, sin volver a moverse más.

CAPÍTULO X



L USA-65, como todos los astrocohetes de la Armada, estaba dotado de cuantas cosas eran necesarias para defenderse en caso de batalla espacial. Además, multitud de aparatos y armas se escondían en su interior metálico.

Bombas nucleares, proyectiles teledirigidos... Un verdadero arsenal.

Dotado de once retropropulsores atómicos, recorrió la distancia Tierra-Marte a una velocidad fantástica, llegando aquella misma noche, tres horas antes de amanecer, al lugar que el telerradar, desde la Tierra, había precisado como aproximadamente el sitio donde habían aterrizado las dos precedentes astronaves.

En la sala de mandos del «USA-65», un verdadero laboratorio, los técnicos no dejaban de manejar aparatos complicadísimos, mientras Callowan y King estaban sentados, en un rincón, como olvidados de todos.

Donald llevaba una cartera abultada en la mano. Litzmer, el comandante del astrocohetete, se acercó a él.

—Ya estamos sobre la zona de aterrizaje, señor Callowan.

—¿Sí?

—Sí. Y ya tenemos marcados los lugares donde se encuentran las tres astronaves. En cuanto se haga de día, podremos observarlas con el telescopio de a bordo.

—¿No puede saberse nada ahora?

—Sí. Voy a poner en marcha el reflector de infrarrojo para saber si los ocupantes de esos aparatos están en su interior o han empezado a combatir sobre el desierto.

—Eso me interesa.

—¿Quiere usted verlo personalmente?

—Con mucho gusto. Ven con nosotros, Willis.

Siguieron al comandante hasta detenerse ante una gigantesca pantalla; poco después, tres manchas rojizas se dibujaban en ellas.

—¿Qué es eso?

—Son las tres astronaves, señor. Hemos logrado una panorámica general. Ahora las examinaremos una a una.

Concentrando el haz de infrarrojos, la pantalla se hizo más pequeña al tiempo que una de las manchas rojizas crecía.

Raras y tenues nebulosidades aparecieron en su interior.

—¿Son personas?—inquirió Bonald.

—No. Son los centros de distribución del calor. Esta astronave está vacía.

—¡Qué lástima que no podamos saber cuál es!

El comandante sonrió.

—Podemos saberlo, señor. La distribución de los termorreguladores responden, en cada tipo, a un esquema distinto. Esta es una «Spacecar».

— ¡La de Moore! ¡Es la de mi agente!

—Bien, señor. Veamos las otras.

Cambiaron las manchas al cambiar el enfoque.

—También ésta está vacía, señor. Es una «Vulexpress»,

—La que fue robada. ¿Dónde estarán Fred y la muchacha?

—Un momento, señor Callowan.

—¿Qué ocurre?

—Hay algo anormal en este esquema. Se diría como si el calor saliese al exterior... Eso es. Alguien ha abierto un orificio en la estructura.

—¡Santo Dios! ¿Qué habrá ocurrido?

—Veremos la otra.

Esta vez, además de las nebulosidades, se veían puntitos rojos de, mayor intensidad cromática.

—Aquí dentro hay personas —dijo el comandante.

—¿Cuántas?

—Un instante, señor... Hay seis personas.

—Eso debe ser. Patchen me dio los nombres de los componentes de la banda; veamos; David Todd, uno; Emil Kalb, dos; Alfred Tobin, tres; Calr Spratz, cuatro; Leo, el hijo del profesor, cinco... y los dos prisioneros, siete. Falta uno, comandante.

—Perdón. Ahora acabo de verlo. Estaba en proa y separado de los demás.

Callowan lanzó un suspiro.

—Salé la cuenta justa —dijo—. Ahora habrá que buscar a Moore.

El foco se movió, recorriendo la oscuridad del suelo marciano.

—¡Aquí hay un hombre que corre! —señaló el comandante.

Donald miró aquella manchita, sintiendo una, angustia que le ganaba.

—¿Por qué diablos correrá?

—Lo ignoro, señor.

—Habrá que acercarse a él, comandante. Me interesa saber qué ha podido ocurrirle.

—Podemos sobrevolarle y esperar el amanecer, señor. Con el telescopio, saldremos de dudas.

Y así lo hicieron.

Ni Donald ni Willis se separaron un solo instante, durante aquellas dos largas horas, de la pantalla del telescopio. Poco a poco, la luz diurna fue aclarando la superficie de la pantalla, pero tardaron mucho en poder hacer el primer enfoque.

El comandante estaba a su lado, manejando los mandos del aparato.

Hubo una fluctuación de luz y sombra y, finalmente, ante ellos, apareció la silueta de Sam, tirado en el suelo, junto a los dos robots.

—¿No pudo usted decir que le perseguían? —inquirió Donald,

—Imposible, señor —repuso el comandante—. El calor emitido por esos hombres mecánicos no es perceptible con infrarrojos.

—¡Van a matarlo! —aulló King.

—Un poco de paciencia, muchacho —dijo Donald, abriendo la cartera—. El viejo Patchen se portó bien y me habló de los robots de su hijo. Este aparato emite corrientes que desgarrarán los circuitos electrónicos de esas máquinas. Tome usted, comandante. Solo hay que apretar este botón.

—¿Qué alcance tiene este aparato?

—Ocho kilómetros.

—Es suficiente. Estamos solo a tres millas del suelo. Voy a lanzar un tren de ondas.

Y así fue como los robots se desplomaron, deshechos sus mecanismos electrónicos.

Momentos después, la astronave se posaba, recogiendo a Moore, que hubo de ser asistido por el médico de a bordo.

Elevándose de nuevo, el TJSA-65 sobrevoló, a diez mil pies de altura, la zona en la que ahora se veían, con el telescopio, las astronaves.

—Tenemos que ponernos en comunicación con ellos, comandante.

—En seguida, señor

Instantes más tarde, la radio estaba en funcionamiento y la voz de

Leo llegaba a los altavoces de la nave militar.

—¿Qué queréis? —inquirió.

Callowan tomó el micrófono.

—Escucha, Leo Patchen... Y no te extrañe que conozca tu verdadero nombre. Tu padre está detenido y lo ha confesado todo.

—No me importa nada.

—Eso es lo que veremos. Te doy quince minutos para que salgáis todos de la astronave: vosotros y los dos prisioneros.

La carcajada resonó, demoníaca.

—¡Seguro que eres Callowan!

—El mismo.

—Bien. Soy yo ahora quien exige, amigo mío. Vamos a poner la astronave en marcha, dentro de poco. Y, si hacéis algo por evitarlo, mataremos a los dos prisioneros.

—Ya te habrás dado cuenta de que he destrozado, tus robots, los que mandaste detrás de mi agente. Tu padre me dio el oscilador para romper sus mecanismos electrónicos.

— ¡Nada me importa que mi padre se haya convertido en un cobarde!

— ¡Eso es lo que eres tú! ¡Él lo ha hecho por ti!

—Pues ha perdido el tiempo. Y no hablemos más.

Necesitamos tres horas para algunas cosas y un par más para calentar los reactores. Si vemos que tu astronave se acerca, mataremos a los prisioneros.

Y cortó la comunicación.

Poco después, gracias al telescopio, vieron que los robots y los de la banda recorrían los alrededores, escarbando con picos y palas la arena rojiza del desierto.

—¿Qué diablos estarán buscando?' —inquirió Donald.

En aquel momento, King, que venía de la cabina donde estaba Moore, sonrió.

—Sam me lo ha contado todo, señor;

—¿De qué diablos hablas?

—Del «televibrator», Fred lo escondió antes de caer prisionero. Es lo que están buscando.

—¡Demonio! ¡Habla olvidado ese aparato! Sí lo encuentran y logran enfocararlo hacia esta astronave, vamos a pasarlo mal... ¡Hay que impedirlo!

—¿Cómo?

—No lo sé.

Las horas pasaron con una lentitud extraordinaria.

De repente, el comandante de la astronave se acercó a Callowan.

—Señor.

—¿Qué hay?

—Acabamos de estudiar el aparato que trajo usted y con el que paralizarnos los robots. Es algo maravilloso. Y, si usted desea, podemos emplearlo para inmovilizar esa astronave.

—¿Es posible hacerlo?

—Sí. Los controles electrónicos de los motores quedarían anulados.

—Bien, pero hay otra cosa que me preocu...

Justamente, en aquel instante, un oficial se acercó al comandante.

— ¡A sus órdenes!

—¿Qué ocurre, Billy?

—Hainsen, el de la radio, le ruega que venga un momento. Alguien está emitiendo en las proximidades.

Salió el comandante, seguido por Callowan, al que las palabras del oficial habían preocupado.

Willis les siguió.

Una vez en la sala de transmisiones, escucharon las explicaciones del radio.

—Es una emisión muy débil, señor, pero bastante clara,

—¿De dónde procede?

—De Marte.

—¿Ha utilizado los radiogoniómetros?

—Sí. Y también he precisado el lugar donde se halla esa pequeña emisora.

—¿Dónde?

—Junto a la astronave de la derecha.

—¡Repítalo! —gritó Callowan, sorprendiendo a todos.

—Junto a la astronave de la derecha.

Donald lanzó una carcajada,

—¡Estupendo! ¡Formidable! ¡Magnífico! ¿Cuándo anochece, comandante?

—Dentro de una hora.

—Bien. Prepare una nave de emergencia. King irá con ella, después de que se haya precisado con el telescopio el lugar exacto de donde parte esa emisión.

—Podemos saberlo en seguida, señor... aunque no comprendo.

—¡Está clarísimo, comandante! Ese Fred es un tipo grande. Ocultó

el «televibrator», pero colocó una emisora de transistores al lado.
¡Quería que descubriésemos nosotros el sitio!

—Ahora comprendo.

* * *

Leo utilizó la radio un poco antes de anochecer.

—Necesitamos un día más, Callowan. Y tienes que concedérselo.

—De acuerdo. ¿Siguen bien los prisioneros?

—Estupendamente. No temas; no les ocurrirá nada, si no haces el tonto: son nuestros rehenes.

—Está bien. ¿Pero cómo voy a saber qué vas a cumplir tu palabra y que los dejarás libres cuando regreses a la Tierra?

—Muy fácil, polizonte. Los lanzaré, con un cohete de emergencia, poco antes de llegar a la Tierra. Pero tú y tu nave deberéis estar, por lo menos, a un millón de millas de nosotros.

—Acepto.

El otro lanzó una carcajada.

—¿Qué remedio te queda, imbécil?

Y cortó.

* * *

Nervioso, Donald sacó la caja de puros, pero volvió a guardarla, limitándose a encender un cigarrillo.

No estaba seguro del triunfo.

Hacía más de una hora que Willis, con el subcomandante de la «USA-65», habían partido para Marte, en un cohete auxiliar, dotado de «anti-radar», una de las armas secretas que habían salido del Centro años antes.

Todo dependía de aquella operación.

Callowan pensó, filosofando un poco, que su vida tenía mucho de dramática y que lo peor de todo eran aquellos momentos decisivos, en los que un segundo bastaba para echar abajo todo un plan cuidadosamente preparado.

Era como una partida de ajedrez.

Un peón movido sin motivo y el juego se desplomaba, por aquel minúsculo error, que era como el eslabón de una cadena que sólo los superinteligentes podían ver en entero.

Suspiró.

¿Por qué no se habla dedicado a otra cosa?

Habla millones de hombres que vivían sin necesidad de

complicarse la vida; pero, para que ellos no se la complicasen, u otros lo hiciesen, estaba él, sus hombres... la SIP.

No pudiendo captar por radar ni infrarrojos la imagen de la nave auxiliar que habían enviado a Marte, tenían que esperar con los brazos cruzados a que el piloto emitiese una señal especial para que las compuertas laterales de la «USA-65» se abriesen, dispuesta a acoger el hijo pródigo.

Cuando esto sucedió, Donald estuvo a punto de gritar de alegría.

Momentos después, en la sala de mandos, explicaba el funcionamiento de aquel formidable aparato, cuyo mecanismo conocía, por las explicaciones del profesor Patchen, como si lo hubiese inventado él.

La «USA-65» maniobró silenciosamente, colocándose en un punto preciso, encima de la astronave de los bandidos.

Iba a amanecer otro nuevo día en Marte.

Con la frente empapada de sudor, Callowan oprimió el botón instantes antes de que la luz del sol apareciese.

Cuatro naves auxiliares salieron del astrocohetes, sin ninguna clase de precaución, ya que Donald seguía enviando las vibraciones a Marte. Pero esta vez no había robots y había que obrar con cuidado.

Así, cuando el telescopio demostró que los astromarines habían aterrizado, fuera de la zona vibratoria y que ya estaban preparados, Callowan dejó el botón y los otros se lanzaron a toda velocidad, entrando en la astronave y apoderándose de los hombres mientras éstos estaban aún atontados por el efecto del «televibrator».

Lo demás fue sencillísimo.

Una hora más tarde, los culpables estaban encerrados en las bodegas del «USA-65» y éste ponía rumbo al espacio exterior, orientándose después hacia la Tierra.

Donald y King, acompañados por Fred y Marilyn, que no se soltaba del brazo de su prometido, fueron a la habitación donde estaba Moore al que explicaron lo ocurrido.

Sam miró con envidia a los enamorados.

Sorprendiendo su mirada, King, que apenas podía contener su risa, se dirigió a Fred.

—Señor Hallowell. Yo creo que mi amigo Sam deseaba decirle una cosa.

—¿Sí?

Moore miró con rabia a su amigo.

—¡Quién te manda meterte...!

Pero Fred intervino:

—¿Qué deseaba usted, amigo mío?

Moore miró a Callowan y al ver que éste le sonreía, cobrando ánimos dijo:

—Verá usted, señor Hallowell...

Pero se rindió, ya que las palabras no le salían de la boca.

Entonces, tranquilamente, intervino Donald:

—Escuche, Fred, muchacho, yo ya estoy acostumbrado. Ya que si seguimos así, la SIP va a ser una especie de Agencia Matrimonial...

Todos rieron.

—Lo que ocurre es que este joven se ha enamorado de su hermana y desea saber si usted no ve ningún obstáculo. Tiene más defectos que virtudes, en honor a la verdad; pero, después de todo, se puede aprovechar bastante de él.

Fred estrechó la mano de Moore.

—¿Puedo tutearte?

— ¡Naturalmente!

Donald dio un codazo a Willis.

—El duodécimo es no estorbar... vámonos, chico.

Y una vez fuera, sacó el estuche de habanos.

—Voy a hacer una excepción, King... ¡Vamos a fumar juntos el puro de la victoria!

—Gracias.

—Pero tienes que prometerme que no te casarás... al menos hasta el año que viene.

Y lanzó una carcajada.





¡UNA
HISTORIA
DE GUE-

RRA
RELATADA
EN EL
CRATER
DE UN
OBUS!

EL
AGUJERO

Por
MICHEL
TAURIAC

Gran
Premio
Literario

de
Indochina

La historia de un grupo de adolescentes sumergidos en el rugiente agujero de la guerra, con los pies en el barro y la mirada en las estrellas.

EL AGUJERO

Un relato de guerra distinto a todos. Un argumento lleno de poesía y sensibilidad, con escenas de crudo realismo y patética emoción, que tiene como fondo la trágica epopeya de las fuerzas francesas en Indochina.

250 páginas formato 13'5 x 20'5 **Precio: 60 ptas.**

Pídalo en todas las librerías y a

EDICIONES TORAY, S. A. - Teodoro Llorente 13

BARCELONA

COLECCION
DOCUMENTALES - DEL M
UNDO



¡ENTÉRESE
USTED,
EN
FORMA
AMENA Y
AGRÁ-
DABLE,
DEL
VERDADERO
CÓMO Y
PORQUÉ
DE LOS
GRANDES

ACONTECIMIENTOS
MUNDIALES!

SEPA
USTED
EXPONER
LOS
AUTÉNTICOS
MOTIVOS
DE TAN
IMPORTANTES
SÚCESOS
CUANDO
HABLE DE
ELLO
CON SUS
AMISTADES.

**¡HE AHÍ TRES MAGNÍFICOS
LIBROS!**

El Japón en la era americana
Por EDMUND W. EALLOT

¡Los frutos de la labor americana ante un país
milenario!

Alemania, hora cero
por WALTER O. KNIITEL,

**¡La verdad sobre la caída y resurgimiento de los
alemanes!**

Formosa, las tentaciones de la guerra

Por FERNAND GIGON

**¡El último reducto de Chiang-Kai-Chek,
frente a unos poderosos, intereses!**

**¡MAS DE 200 PAGINAS CADA VOLUMEN,
DE ELLAS**

**40 DE FOTOGRAFÍAS EN PAPEL CUCHÉ.
FORMATO**

**18x24, ESPLÉNDIDAMENTE
PRESENTADOS, CON SO-
BRECUBIERTAS EN COLOR!**

**¡Una Joya para su biblioteca! Por sólo
50 pesetas ejemplar**

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¿Qué ocurre en Venus? Por primera vez en la Historia, la S.I.P. conoce el fracaso. Su propio jefe tiene que intervenir, y aun así.

TRAFICANTES COSMICOS

La sorprendente novela de W. SAMPAS que le emocionará en el próximo número.

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

EDICIÓN
TORA